

El tráfico caravanero visto desde La Jara

ANSEL E. NIELSEN*

RESUMEN

Se argumenta la importancia de estudiar los lugares donde pernoctaban las antiguas caravanas en tránsito, o *jaranas*, como vía para investigar temas vinculados al impacto del tráfico prehistórico en la economía política centro-sur andina. En base a observaciones etnoarqueológicas entre los *llameros* actuales del Altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia), se proponen algunos correlatos referentes al contenido, estructura y localización de este tipo de sitios, discutiendo las causas de su variabilidad y cómo podrían informar sobre los diversos aspectos de la macro-organización del tráfico. Se define una clase de sitio, la *jarana* de ocupación prolongada, donde actualmente se concentran las prácticas rituales de los arrieros, planteando la posibilidad de que este tipo de sitio haya sido también un componente importante en la organización logística de las caravanas prehispánicas. Tales lugares ofrecerían condiciones particularmente favorables para explorar los temas mencionados. Estas propuestas son ilustradas mediante la consideración de ejemplos de la arqueología circumpuneña, identificando algunos problemas que surgen de su aplicación.

ABSTRACT

It is argued that the study of ancient caravan campsites or *jaranas*, could be a very productive way of approaching various topics related to the role of prehistoric trade in the political economy of the South-Central Andes. Based on ethnoarchaeological observations among present day *llameros* from Lípez (Potosí, Bolivia), several correlates concerning the location, content, and spatial intrasite structure of caravan campsites are proposed, discussing the main causes of variability along these dimensions and

how could they inform about the macro-organization of trade. A particular type of site, the *long occupation jarana* where ritual practices are conducted is defined, suggesting that similar sites may have been an important component in the logistical organization of prehispanic caravans. These places would offer particularly favourable conditions for investigating subjects such as those mentioned before. These points are illustrated through the discussion of archaeological examples from the circum-Puna subarea, identifying some of the problems that afford their application.

Introducción

La formulación de modelos de complementariedad que enfatizan la importancia del tráfico a larga distancia con caravanas de camélidos, aparece como una de las contribuciones más significativas de las últimas décadas a nuestra comprensión de la dinámica social y cultural Centro-Sur Andina y sus diferencias con la de los Andes Centrales (Browman, 1981; Dillehay y Núñez, 1988; Núñez y Dillehay, 1995 [1979]). Invocar al tráfico de caravanas se ha convertido en una práctica común en la literatura regional cuando se busca explicar la presencia de bienes aloctonos en el registro arqueológico, tanto los relacionados a la subsistencia, como aquellos a los que atribuimos carácter ritual o suntuario, desde el Período Temprano hasta la llegada del Inka. Su popularidad ha llegado incluso a opacar en estas latitudes al modelo archipiélago o de control vertical (Murra 1972), que anteriormente parecía dar cuenta de algunas de las mismas evidencias. La gran diversidad de contextos a los que se aplica este mecanismo explicativo, sin embargo, llama la atención sobre la necesidad de restringir y precisar su uso, reconociendo variantes, especificando sus parámetros organizativos y los diferentes modos en que pudieron afectar otros procesos culturales (p.ej., niveles de integración económica, territorialidades, formas de diferenciación social).

Al presentar su modelo de «movilidad giratoria», por ejemplo, Núñez y Dillehay (1995 [1979]) plan-

* CONICET (Argentina), Instituto Interdisciplinario Tilcara - Universidad Nacional de Jujuy.

tean una secuencia de escenarios que, si bien comparten el énfasis en el papel protagónico del tráfico de caravanas y, en general, de los «segmentos móviles» de la sociedad en la creación de una dinámica cultural distintiva para el área, difieren significativamente en su escala, organización y en los procesos involucrados. La especificación de estas diferencias, la comprensión de los mecanismos causales implicados y la identificación de sus consecuencias arqueológicas son cruciales si se aspira a desarrollar cabalmente el potencial interpretativo de éste y otros modelos de complementariedad.

Una posibilidad de avanzar en esta dirección, reside en dirigir la atención preferentemente al tráfico y sus artifices, los caravaneros, antes que a los productos de esta actividad (v.gr., bienes alóctonos encontrados en asentamientos sedentarios), como sucede habitualmente en las discusiones del tema (cf. Berenguer 1995). El estudio directo de las unidades sociales responsables del tráfico, su inserción en las formaciones políticas del momento, su participación en el proceso de producción/extracción de los bienes transportados, la configuración de la propia red de circulación incluyendo rutas, paraderos y la cultura material asociada, entre otras variables, podrían brindar información única para entender el papel desempeñado por el tráfico caravanero en la economía política en distintas épocas y regiones de los Andes Centro-Sur. Esta forma de indagación no es nueva; entre los vestigios relacionados directamen-

te a la actividad caravanera se encuentran las apachetas, los geoglifos del desierto chileno (Núñez, 1976), algunas manifestaciones del arte rupestre (Núñez, 1985; Yacobaccio, 1979), los sitios de «muros y cajas» del Río Loa (Sinclair, 1994) y estancias pastoriles (Berenguer, 1994, 1995), entre otros (Korstanje, 1998).

En este trabajo sólo pretendemos continuar esta línea de investigación mediante la consideración de los lugares de descanso de las caravanas en ruta (*jaranas* en Bolivia, *paskanas* en Chile) y algunas posibilidades que ellos ofrecen para el estudio arqueológico de la organización del tráfico. El argumento se desarrolla en dos partes. La primera analiza los factores que condicionan la localización, estructura, contenido y potencial visibilidad arqueológica de las *jaranas*¹ actualmente utilizadas por los llameros del Altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia [Nielsen, 1997a]); la segunda ilustra estas propuestas mediante ejemplos tomados del registro arqueológico de Lípez y de la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) mostrando algunas formas en que estas clases de sitios podrían informar sobre aspectos de la macro-organización del tráfico.

Jaras en perspectiva etno arqueológica

Entendemos que la etnoarqueología aspira a generar conocimiento sobre las relaciones *generales* entre conducta humana, materiales y registro arqueológico. Para acercarnos a este objetivo consideramos importante: (1) buscar relaciones entre variables (conductuales, materiales) simples y claramente definidas; (2) buscar las causas de las relaciones postuladas (para diferenciar conexiones necesarias de asociaciones fortuitas); y (3) cuando sea apropiado, verificar su generalidad mediante la consideración de casos independientes que reúnan las condiciones iniciales y limitantes relevantes. En las próximas secciones buscamos aprovechar estas tres tácticas para aproximarnos a la diversidad de expresiones arqueológicas que pudieron asumir los lugares de descanso de las antiguas caravanas andinas.

Si nos atenemos al uso de la palabra en la literatura andina, podríamos definir al caravanero como la actividad especializada de transportar mercancías a larga distancia utilizando animales de carga (cf. Núñez 1976:148). Los andinos actuales utilizan el término *arriería* para designar esta actividad y *qarwiru* (aymara), *llamero*, *arriero*, *fletero* o *tropero* para referirse a quienes la practican. En todos los casos que hemos podido registrar (en los Andes y

1 *Jarana* se refiere a una zona más o menos acotada donde se para a pernoctar. Dentro de ella, puede haber varios *alojamientos*, lugares específicos donde se puede *jarar*. Finalmente, se denomina *jara* al campamento ya establecido: el equipaje, el fogón y la organización espacial que los caracteriza. La información etnoarqueológica discutida en esta sección fue recogida durante un total de 10 meses de trabajo de campo realizados en Cerrillos (Sud Lípez, Potosí, Bolivia) entre 1991 y 1995, incluyendo la participación en un viaje de trueque desde el altiplano al valle de Tarija. Estas observaciones fueron complementadas mediante el relevamiento de una docena de campamentos intensamente utilizados en la Reserva Nacional de Fauna Andina Eduardo Avaroa (Sud Lípez) y alrededor de 30 distribuidos a lo largo de las principales rutas que comunican Lípez con los valles orientales.

fuera de ellos), los caravaneros y las unidades domésticas a las que pertenecen están también involucradas en la cría de los animales de carga. Interculturalmente es, además, una actividad fundamentalmente masculina.

En los Andes, como en todos aquellos casos donde se han desarrollado fenómenos similares (Norte y Occidente de África, Medio Oriente, Los Himalayas), los sistemas de asentamiento de caravanas involucran un mínimo de cuatro escenarios de actividad, en los que en principio sería posible detectar su impronta arqueológica. Estos son: lugares para pernoctar, rutas, puntos de articulación (comunidades o ferias donde se realizan transacciones y que definen el derrotero) y puntos de carga (donde se concentran las mercancías a transportar, la parafernalia propia del caravanero y se inicia el viaje [Nielsen, 1997a]). Este último escenario suele coincidir con la base residencial del caravanero (por lo tanto con actividades de producción pastoril), aunque en contextos de tráfico bajo patrocinio estatal (p.ej., Inka) puede incluir también almacenes especializados. Si el arriero pertenece a una comunidad que produce al menos parte de los elementos a transportar, los puntos de carga son además puntos de articulación (donde se obtienen mercancías mediante transacciones). Preferimos, sin embargo, mantener analíticamente separadas estas categorías a fin de enfatizar la importancia de definir eventualmente la unidad social de pertenencia del propio caravanero para entender cabalmente su rol en la economía política.

Sitios rituales especializados constituyen un quinto escenario de actividad potencialmente relacionado al caravanero, sin perjuicio de que acciones rituales pueden también realizarse en todos los contextos anteriormente mencionados. La identificación arqueológica de un ceremonialismo propio del caravanero y de lugares especialmente reservados a este fin es de la mayor importancia, en la medida en que las prácticas rituales y la parafernalia e iconografías asociadas pueden asumir un papel destacado como diacríticos sociales, marcando el surgimiento de los caravaneros como un sector social diferenciado dentro de comunidades o unidades étnicas mayores o como grupos étnicos independientes. Más aún, por su frecuente carácter emblemático y por incluir a menudo deseantes excepcionales, los deseantes ceremoniales del caravanero pueden encontrarse entre sus expresiones arqueológicas más visibles; de hecho, han sido los primeros vestigios directos de esta actividad detectados por arqueólogos

(geoglifos, arte rupestre, apachetas, muros y cajas).

Un sexto escenario en ocasiones vinculado al sistema de actividades caravaneras es el sitio de producción/extracción, en la medida en que los propios arrieros se ocupan de la producción o extracción fuera de su base residencial de algunos de los bienes que trafican. En la arriería actual del Sur de Bolivia, por ejemplo, algunos llameros transportan plantas de uso ritual-medicinal (*kowa*, *pupusa*, *chaquikanglla*, *chachacoma*) o alimenticio (*llullucha*) o *khollpa*, sales empleadas como jabón. La recolección de estos elementos demanda a veces traslados a considerable distancia y permanencias de varios días.

De todos estos escenarios, los lugares para pernoctar, o *jaranas* en términos de los llameros del Sur de Bolivia, deberían ofrecer condiciones particularmente favorables para investigar a los artífices del tráfico, teniendo en cuenta que concentran una porción significativa de los descartes producidos por las caravanas en marcha. En muchos casos estos residuos deberían además formar depósitos discretos, separados de los vinculados a otros grupos y/o actividades que pudieran obliterarlos. Comenzamos, entonces, por considerar las actividades en la *jara*¹ y su organización para precisar qué podríamos aprender de su estudio.

Las actividades realizadas siempre en los lugares para pernoctar son: (1) descarga y carga de animales; (2) preparación y consumo de alimentos por parte de los caravaneros; y (3) descanso de animales y caravaneros. Actividades frecuentemente realizadas incluyen (4) encierro de animales; (5) alimentación y cura de los animales; (6) mantenimiento y reparación de equipos; (7) hilado y confección de sogas; y (8) transacciones comerciales. La ocupación de la mayoría de estos sitios es habitualmente transitoria, entre la tarde y la mañana siguiente; aunque inesperadamente puede extenderse por varios días si la reparación del equipo, oportunidades de intercambio o las necesidades de descanso y recomposición de la tropa lo aconsejan.

Otras *jaranas* se corresponden con etapas de descanso en el viaje, por lo que son regularmente ocupadas por períodos algo más prolongados (dos o tres días). Además de las actividades antedichas, hemos observado recurrentemente en estas *jaras* (9) prácticas rituales y, ocasionalmente, (10) juegos. Es además relativamente común que varias caravanas se encuentren en estos puntos, creando así oportunidades adicionales para la producción de vestigios arqueológicos. Llamaremos a estos paraderos *jaranas de ocupación prolongada* y los trataremos por separado.

La Jara Diaria

Actividades

La secuencia típica de actividades en los campamentos diarios de llameros actuales de Bolivia es la siguiente (actividades que ocurren sólo ocasionalmente entre corchetes; para mayores detalles ver Nielsen, 1997a; también Concha Contreras, 1975; Lecoq, 1988; Molina Rivero, s/f; West 1981):

- *Descarga*: la tropa se mantiene concentrada en un lugar mientras se desatan las cargas; los bultos son apilados alrededor formando hileras simples a modo de parapetos; se recogen y cuentan las sogas y cencerros, depositándolos sobre las cargas.
- *Pastoreo*: las llamas son echadas a pastar en los alrededores hasta el anochecer (3-4 horas).
- [Si la jornada ha sido muy larga, se prepara y consume rápidamente una mezcla de harina tostada con agua fría para reponer energías].
- *Recolección de agua y leña*.
- [Si queda tiempo de luz y hay población cercana, se aprovecha para ofrecer la mercancía y concretar algunas transacciones; en ocasiones pobladores locales se acercan a la *jara* a indagar sobre los productos transportados].
- [Si se teme una estampida o prevé algún peligro, se amarran parte de las llamas por sus cuellos formando un círculo cerrado a cuyo interior se ubica el resto de la tropa].
- *Preparación y consumo de alimentos*: para la cena y el desayuno se prepara *lagua*, una sopa espesa a base de harina de trigo, enriquecida con vegetales y carne o charki si se cuenta con estos elementos.
- *Mantenimiento y reparación de equipos*: durante la preparación de la cena y hasta el momento del descanso se aprovecha el tiempo y la luz del fuego para reparar costales, ropa, calzado, ollas o bidones, hilar y confeccionar «abarcas» para proteger las patas de las llamas o sogas para vender.
- *Descanso*: cada persona duerme junto a su carga.
- *Preparación y consumo de alimentos*: igual a la noche anterior; idealmente esta actividad debe concluirse a más tardar al alba a fin de aprovechar al máximo las horas de luz.
- *Carga*: se vuelve a concentrar las llamas en el lugar de la tarde anterior; se sujeta a la tropa en conjunto mediante sogas; [si es necesario, se

curan las patas de los animales heridos y se reemplazan sus calzados]; se amarran los animales en grupos de 3-6 por sus cuellos para evitar que escapen; a medida que se cargan son liberados.

- *Partida*.

Localización

En condiciones normales, las caravanas de llamas avanzan entre 15 y 25 km por día. Excepcionalmente pueden recorrer distancias algo más largas (hasta 35-40 km), pero esto significa reducir el tiempo necesario para la alimentación de la tropa, v.gr., las 3-4 horas que median entre el arribo a la *jarana* y el anochecer. Jornadas más prolongadas, entonces, no pueden repetirse más de dos o tres días sin poner en serio peligro a la recua. Ésta distancia, entonces, establece un límite máximo al espaciamiento entre *jaranas diarias*. A menos que los lugares aptos para pernoctar sean muy escasos, sin embargo, la distancia entre puntos efectivamente utilizados para acampar en rutas utilizadas regularmente es considerablemente menor. Así, por ejemplo, en los 115 km que separan Cerrillos (Sud Lípez) de Tupiza, donde los lugares aptos para pernoctar son relativamente abundantes, hemos localizado con ayuda de informantes una *jarana* cada 8 km.

Son varias las causas de este fenómeno. Primero, cada llamero prefiere diferentes lugares para acampar. Éstas preferencias son heredadas de generación en generación y, puesto que es habitual que los miembros de la caravana sean parientes y/o vecinos, tienden a localizarse espacialmente. Al preguntar a algunos arrieros por qué no utilizan ciertos paraderos en sus viajes, es común que respondan «es *jarana* de San Cristóbal» o «aquí paran los de San Pablo». Así, aunque varias comunidades transiten una misma ruta o segmento de ella, es común que cada una utilice lugares diferentes para pernoctar. Además de multiplicar el número de *jaranas* en las rutas, este hecho abre una posibilidad interesante para la arqueología, v.gr., que diferentes unidades sociales recorriendo un mismo circuito dejen su impronta en diferentes puntos del camino. Segundo, sucesos imprevistos pueden demorar la partida, prolongar la marcha u obligar a *jarar* antes de completar la jornada, aprovechando paraderos no habituales o recurriendo a cualquier lugar que ofrezca las condiciones mínimas. Tercero, al regresar de viajes largos los animales están cansados, heridos y cargados hasta el límite de su capacidad, lo que obliga a

detenerse con mayor frecuencia. Así, en sus viajes a Tarija, muchos llameros de Lípez tienen una secuencia de paradas prevista para la ida y una diferente para la vuelta. La distancia recorrida en tres jornadas de ida lleva habitualmente cuatro a la vuelta. Por último, algunos arrieros cuentan que antiguamente viajaban tantas caravanas, que los últimos en llegar encontraban a veces las *jaranas* llenas, debiendo continuar viaje hasta encontrar otro lugar apto para acampar.

El bienestar de los animales es el criterio decisivo al momento de elegir sitios para pernoctar. Ante todo se busca seguridad; lugares altos y abiertos similares al paisaje altiplánico, son los preferidos ya que a la llama «le gusta quedarse». En lo posible se evitan las quebradas y sitios encerrados en general, ya que los animales se encuentran intranquilos y se sospecha la presencia de predadores (zorros, pumas). Sólo se eligen cuando la periodicidad de la jornada así lo exige, y en tales casos los animales suelen pasar la noche amarrados. Por la misma razón no se jara muy cerca de núcleos poblados o casas a lo largo de la ruta, donde personas o movimientos desconocidos podrían asustarlos. Esta elección obedece además a la voluntad de evitar conflictos con la población local (p.ej., invasión de cultivos por parte de la tropa, robo de animales). Arqueológicamente significa que, aún al atravesar territorios densamente poblados, los paraderos de caravanas tienden a estar espacialmente segregados de los asentamientos locales.

Otro elemento a considerar es la presencia de forrajes para alimentar las llamas. La relativa escasez de este recurso en los profundos valles y quebradas de la vertiente oriental andina, lleva a veces a *jarar* en campos en barbecho o ya cosechados para aprovechar los desechos presentes en los rastrojos. Esta elección, puede ser también fuente de conflictos con los agricultores, y dificulta la preservación arqueológica de estos eventos.

Sólo cuando estas condiciones han sido satisfechas (o cuando no hay posibilidad alguna de satisfacerlas) se considera la conveniencia del arriero. Esta incluye la presencia de leña, agua (las llamas pueden abreviar en el camino o pasar hasta tres días sin agua) y pobladores en los alrededores para intercambiar. La presencia de abrigos naturales (afloramientos rocosos, barrancas de ríos) o estructuras abandonadas que puedan ser aprovechadas con este fin (cercos, corrales, puestos, parapetos), cobran especial relevancia en las porciones más frías y ventosas de la ruta.

Ciertos lugares son reiteradamente elegidos no

tanto por sus condiciones específicas, sino por su posición en la ruta. Tal es el caso de sitios inmediatamente anteriores o posteriores a tramos difíciles de la ruta, como son las bases de grandes cuestras, los bordes de planicies elevadas inmediatamente antes de ingresar a ambientes de quebrada, proximidades de pasos montañosos o sectores con forraje que preceden el ingreso a fajas desérticas.

Contenido

Las *jaranas* son básicamente campamentos y no cuentan por lo general con grandes estructuras. De hecho, ningún pueblo caravanero del mundo parece realizar inversiones arquitectónicas de importancia para acondicionar los lugares donde pernocta en los viajes, sea por la brevedad con que son ocupados estos sitios, por la variación en las rutas recorridas, por la ausencia de tradiciones arquitectónicas de envergadura entre los pueblos pastores o por su característica falta de organizaciones corporativas capaces de emprender estas obras. Edificios específicamente erigidos para albergar caravanas en tránsito, son obra de estados o de personajes en su seno que patrocinan el tráfico (p.ej., *tampus* incaicos, *khan*s del Medio Oriente [Sims, 1978], *funduk* del norte de África [Hoag, 1963:117] o *mansio* romanas [Von Hagen, 1967]).

La mayoría de las *jaranas* carece de toda mejora. Las más frecuentemente utilizadas cuentan con algunos de los siguientes rasgos:

- espacios planos libres de vegetación y otros obstáculos de unos 8 a 15 m de diámetro, donde se concentra la recua para cargar y descargar («área de carga/descarga»);
- estructuras en forma de arco o de U (p.ej., de 6 m de base por 12 de largo) donde se encierra la tropa para facilitar la carga y descarga;
- corrales;
- refugios pequeños (p.ej., 1,5 m de diámetro por 1 m de altura máxima) de pírca seca, construidos por lo general contra un afloramiento o bloque de gran tamaño que es aprovechado como parte de la estructura (registrados sólo en los ambientes extremadamente fríos del suroeste de Lípez);
- *kanchitas* o parapetos semicirculares de pírca seca de hasta 1 m de altura por 2 m de diámetro, con fogón al centro, abiertos al este, que sirven para proteger del viento a los arrieros y particularmente al fuego durante la preparación de alimentos;

- Fogones de factura expeditiva, por lo general sólo tres piedras donde se asienta la olla.

Como se advierte, se trata en todos los casos de rasgos precarios. Sospechamos, incluso, que algunos de los más substanciales que hemos observado (corrales y refugios) no han sido construidos enteramente por arrieros (cf. Concha Contreras, 1975:87), sino que han sido reacondicionados a partir de estructuras abandonadas (p.ej., antiguos puestos).

La presencia de estos rasgos depende de factores tales como la regularidad con que es utilizada la ruta (v.gr., la anticipación del regreso que justifica inversiones adicionales para acondicionar los paraderos), la circunscripción de recursos (y consecuente redundancia espacial en las ocupaciones) y las condiciones climáticas. La combinación de estos factores hace que las *jaranas* del SO de Lípez (clima muy rígoroso, recursos extremadamente circunscriptos), por ejemplo, asociadas a las rutas intensamente utilizadas que conducen a San Pedro de Atacama y al Río Loa, cuenten con las mayores inversiones en infraestructura que hemos podido detectar, v.gr., estructuras en U, corrales, refugios, parapetos. En los valles y quebradas de la vertiente oriental, en cambio, donde hay gran cantidad de rutas alternativas, el clima es algo más benigno y los recursos necesarios para *jarar* están más distribuidos, no se observan más que parapetos y fogones.

Tampoco se genera gran cantidad de desechos en las *jaranas*. La ocupación es breve, el equipaje es reducido, casi todo se consume o reutiliza. Este fenómeno responde a ciertas condiciones recurrentes bajo las cuales operan la caravanas. Entre ellas cabe mencionar: (1) la necesidad de minimizar la cantidad y volumen de objetos transportados; (2) las dificultades para obtener artefactos o materias primas para reponer pérdidas o roturas o satisfacer necesidades imprevistas durante las travesías y (3) el uso relativamente variable de rutas y paraderos, los que además son compartidos con otros grupos independientes, lo que limita la efectividad del almacenaje y el desarrollo de infraestructura a lo largo de la ruta como respuesta a estos problemas. De hecho, leña es el único desecho útil que hemos podido observar en *jaranas* (sólo en algunas), principalmente porque suele recolectarse más de la necesaria para asegurarse de que no falte durante la preparación de alimentos.

Los pocos elementos que se descartan son además el producto de un rango muy limitado de actividades:

- preparación y consumo de alimentos: rocas quemadas y fracturadas por el fuego, contenedores (latas de conserva, fragmentos de cerámica, vidrio, aluminio, plástico), bolsas de nylon, restos vegetales (cáscaras de haba, cebolla, marlos de maíz, carozos de durazno), restos óseos y percutores improvisados (con los que se parten los huesos largos para extraer la médula);
- ropa o equipos inutilizables y restos de su reparación: abaracas, goma o cámara de auto, guantes, camisetas, hebillas, alambre, lana, sogas, trozos de costal y otros tejidos, cuero.
- esparcimiento: vidrios, cigarrillos, pilas.

En la Tabla 1 se sintetizan las estructuras y desechos registrados en 28 *jaranas* relevadas a lo largo de rutas que bajan desde Lípez a los valles orientales, clasificadas de acuerdo al tipo de entorno en que se localizan. No se incluyen las *jaranas* de alta redundancia del SO de Lípez las que típicamente presentan gran densidad de desechos. La muestra busca, en cambio, reflejar la variabilidad presente en los campamentos con menor redundancia (y visibilidad) de la vertiente oriental. Aún cuando la muestra es muy reducida, el examen de estos datos sugiere algunas tendencias de interés para explorar en el futuro.

En primer lugar, si bien hay una ligera preferencia por terrenos con exposición este o norte para el emplazamiento, esta tendencia es muy débil. Segundo, los parapetos (estructuras de mayor visibilidad) y el aprovechamiento de abrigos naturales, se observan exclusivamente en los entornos «filo» (relieves positivos, elevados, cercanos a pasos o cumbres) y «campo» (lugares llanos y abiertos), donde las condiciones climáticas (principalmente el viento) son más adversas (14 de 20 casos). Estos campamentos son también los que ostentan mayores índices de reocupación, tomando el número de fogones como indicador de este fenómeno, con valores promedio de 5 para «filo», 2,3 para «campo» y 1,7 para «quebrada».

Pasando a los desechos, lo más notable de los descartes óseos (camélido y ovino) es su altísimo estado de fragmentación, lo que dificulta la identificación de los elementos. Esto es el resultado de varios procesos que hemos tenido oportunidad de observar en campamentos, p.ej., la sistemática fractura de los huesos largos para extraer la médula o el consumo de los elementos de mayor tamaño por los perros, directamente o luego de ser completamente desmenuzados con improvisados percutores de pie-

Tabla 1: Resultado del relevamiento de 28 *jaranas* entre López y los valles orientales

#	Entorno	Aspect	Para- peto	Fogón	Area C/D	Fragmentos Oseos por Parte Esqueletaria						Restos Veg	FrCont ened.	Textil Lana	Otros
						cab	col	cost	escap	pata	pie				
1	filo	270		1			4	1	8	1					
2	filo	45	2	2			1	2		16	3	X	4	alambre	
3	filo	90		6	X								3		
4	filo	180	1	1	X		1							X wanu	
5*	filo	75	1	15	X		8	2		17	4	X	96	X pila, kowa, goma	
6	filo	110	1	2										guante	
7*	filo (hoya)	50		9	X		1		2	3				reuso-estruct.	
8*	filo (hoya)	290	3	11	X					3	2			pila, kowa, r-estr	
9*	filo	125	1	2	X		3			3		X	15	kowa, goma	
10	filo (hoya)	95	1	1	X					2		X		X goma	
11	filo (hoya)	70	2	6	X			3				X	9	X goma, cigarrillo	
12	filo	170	1	3	X	1	3	2			2	X	2	X	
13	filo (hoya)	0		9	X		5	2		1	2			goma	
14	filo (hoya)	100	1	2	X					7					
15	campo	85	2#	3	X	1	3	2		3		X	50	X goma, hebilla	
16	campo	30	1	2	X	1	2			3	3	X	5	goma	
17	campo	0		2	X	1				1	1			X camisa, fr costal	
18	campo	-		2	X									abarca	
19	campo	-	1	2	X			1		2		X		X sogá	
20*	campo	-	#	3						3		X		kowa	
21	quebrada	130		1	X			1				X		X	
22	quebrada	90		2	X										
23	quebrada	280		4	X	1	2	6		32	3			cuerno	
24	quebrada	-		2	X							X		X fr. cuero	
25	quebrada	0		2	X										
26	quebrada@	-		1										reuso-estruct.	
27	quebrada@	-		1						1		X	1	abarca, r-estruct.	
28	quebrada@	-		1											

Referencias: * = *jarana* de uso prolongado; @ = campamento en campo de cultivo; # = aprovechamiento de barranca o afloramiento como reparo; Aspct = rumbo de exposición del terreno; FrContenedores = fragmentos de cerámica, vidrio, bidones de plástico, ollas y platos de aluminio o enlozados; Textil Lana = lana hilada o no, sogá, telas de función indeterminada; *kowa* = sahumerios improvisados con rocas planas, conteniendo restos de *kowa* y otras ofrendas incineradas.

dra. Teniendo en cuenta los elementos identificados, cabe apuntar que todas las partes esqueléticas se encuentran representadas, excepto pelvis (tal vez sólo un error de muestreo), lo que concuerda con la respuesta más frecuente de nuestros informantes, en cuanto a que no se seleccionan partes específicas para llevar como alimento al viaje, sino que se toma «lo que haya». Dado lo reducido de las muestras, sin embargo, no parece apropiado buscar mayores tendencias en estas cifras.

Los fragmentos de cerámica, loza, aluminio, plástico y vidrio, corresponden a recipientes que pueden ser clasificados en cuatro clases funcionales: transporte de agua (bidones), procesamiento de alimentos (ollas), consumo (platos/bowls) y ceremonial (botellas de alcohol). Siempre que hemos participado de comidas en *jaras* hemos observado que cada arriero cocina sus propios alimentos, por lo que hay tantas ollas en el fogón como comensales, o más, si se considera que a veces los perros comen directamente de ollas separadas en las que se les cocina. Manteniendo constantes otros factores, los conjuntos generados por este tipo de conducta podrían producir en los campamentos cocientes de vasijas de cocina/servicio elevados en comparación con sitios más permanentes en los que típicamente se prepara una comida para varios comensales. Ciertamente, existen varios factores adicionales que podrían neutralizar esta tendencia y que deberían controlarse para que este indicador pudiera ser aplicado a casos arqueológicos (p.ej., almacenaje de ollas adicionales en los sitios más permanentes, presencia de ollas con otras funciones, ritmos diferenciales de descarte, etc.), por lo que planteamos esta posibilidad como una simple hipótesis a evaluar.

Las *jaranas* reiteradamente ocupadas contienen, además, concentraciones de guano en la zona de descanso de las llamas.

Es importante destacar que, salvo los productos pastoriles y sus derivados, como huesos, lana y algunos textiles, ninguno de los desechos generados (o de los elementos manipulados) son producidos por los llameros, sino que son obtenidos a través de viajes de caravanas a diversos destinos, o más recientemente, son traídos a Llépez desde considerable distancia por camioneros o vendedores en bicicleta (Nielsen, 1997a). No creemos que sea éste un fenómeno reciente o un producto de la globalización, sino que señala una característica de los pastores andinos y, en general, de todos los pueblos con una marcada especialización pastoril, los que invariablemente obtienen gran parte de su ergología y bienes de

consumo mediante el tráfico (Khazanov 1984). Si agregamos a esto el carácter relativamente perecedero de los productos animales, cabe concluir que algunas de estas sociedades pueden generar registros arqueológicos dominados por artefactos de otros grupos (Orme, 1981:263).

Este hecho plantea problemas evidentes al momento de determinar arqueológicamente la identidad de los antiguos caravaneros andinos. Considérese el ejemplo de la cerámica, que continúa siendo uno de los indicadores de filiación cultural más comúnmente empleados en arqueología (Browman, 1994:242) a pesar de los problemas metodológicos que caracterizan su uso con este fin (p.ej., Aldenderfer y Stanish, 1993:2). No parece haber alfareros entre los llameros de Sud Llépez: todos nuestros informantes declaran obtener su cerámica entre los olleros de la Quebrada de Talina (Berque, Chagua, Casiras), aprovechando para ello los viajes a Tarija o a las FERIA de Santa Catalina o Manka Fiesta (Villazón). Algo semejante observa Nicolaisen (1997:333) para los Twareg, el principal pueblo caravanero de África, quienes adquieren toda su cerámica de las comunidades agricultoras sedentarias. El autor va más allá, al afirmar que «no true pastoralists seem to make pots» (336). Si esto es así, resulta muy improbable que la cerámica haya actuado como «diacrítico social» (*sensu* Schortman y Urban, 1987:64), afirmación que probablemente deba extenderse a la mayor parte de la ergología recuperada en sitios de caravanas (campamentos y otros).

Si los grupos caravaneros desarrollan una identidad propia diferenciada de los segmentos más sedentarios de la sociedad, como sector social en unidades étnicas mayores o como nación independiente, sería quizás más atinado buscar los referentes materiales de esta identidad en los productos del pastoreo u objetos estrechamente vinculados a esta actividad. Continuando con el caso Twareg, la mayoría de los artefactos de madera o metal que utilizan son fabricados por los grupos de «herreros» que viven en las ciudades y periódicamente visitan sus campamentos. Los propios Twareg son en cambio expertos en la confección de sogas, alforjas, cantimploras, látigos, monturas y otros objetos confeccionados en pelo de camello o cabra y en cuero. Sobre todo las bolsas y monturas de este último material están ricamente ornamentadas con diseños policromos distintivos (Nicolaisen, 1997). Tal vez los sobrios colores naturales y diseños a rayas de los textiles llameros desempeñen este papel de diacríticos sociales entre los caravaneros actuales del altiplano sur

andino, como quizás lo hicieron los tocados, petos y *uncus* en el pasado (Berenguer 1993; Núñez 1991:186). Desgraciadamente, este tipo de elementos rara vez se preservan, aunque su representación en el arte rupestre puede brindar una vía de acceso a estos esquivos procesos de etnicidad.

Organización Espacial

Teniendo en cuenta las actividades que caracterizan a los paraderos diarios de caravanas, podemos afirmar que este tipo de sitio comprende, mínimamente, las siguientes áreas de actividad:

- carga/descarga;
- almacenaje transitorio de la carga;
- descanso de animales;
- preparación y consumo de alimentos;
- descanso de los caravaneros;
- captura de recursos (leña, agua, pasto); a las que podría agregarse un área ritual, si este tipo de prácticas se encontrarán en el repertorio de actividades desarrolladas en el campamento (ver *infra*). Por supuesto, estas áreas no constituyen necesariamente espacios físicos discretos, pudiendo desarrollarse varias acciones en el mismo lugar.

Llamamos «organización espacial» a la articulación dinámica regular entre estas áreas, actividades y materiales involucrados, y «estructura de sitio» a su impronta arqueológica (distribución de rasgos y desechos). La organización espacial de los campamentos (como de otros sitios) depende tanto de factores funcionales, incluyendo aquellos vinculados a la organización social del tráfico, como «culturales», en el sentido otorgado por Bourdieu al concepto de *habitus*, «sistema de estructuras internalizadas, esquemas de percepción, concepción y acción comunes a todos los miembros de un mismo grupo o clase» (1977:86). Mientras los primeros podrían responder a mecanismos generales, generando estructuras de sitio análogas en casos independientes, los segundos revelarían aspectos idiosincráticos propios de ciertas poblaciones y momentos históricos particulares, no siendo por lo tanto lícito generalizarlos o aplicarlos al pasado bajo un vago supuesto de «continuidad histórica». La propia singularidad de estos últimos, sin embargo, abre posibilidades para indagar sobre la identidad de los caravaneros, si se considera que al establecer sus campamentos estarían poniendo en acción reiteradamente los mismos esquemas generativos que

subyacen a la organización de sus áreas de vivienda y otros escenarios de actividad, los que en principio podrían resultar en estructuras homólogas.

Entre la primera clase de patrones podríamos señalar la asociación entre áreas de carga/descarga y de almacenaje transitorio de la carga, o entre estas últimas y el área de descanso de los caravaneros, siempre que la seguridad de los bienes no esté garantizada mediante mecanismos específicos. Estas relaciones que obedecen a causas generales (la necesidad de minimizar los gastos de tiempo y energía en las operaciones diarias de carga y descarga, la voluntad de velar por la seguridad de los bienes transportados), resultan en algunas analogías interculturales en los paraderos de caravanas. Por ejemplo, como lo hemos señalado anteriormente, los llameros depositan los bultos en pilas en torno al área de carga/descarga (la que puede incluir un corral o estructura en U para facilitar la concentración de los animales durante esta operación) y duermen allí, junto a sus pertenencias. Un comportamiento análogo se observa en los *caravanserais* o «palacios de caravanas» del mundo islámico medieval, cuyo diseño invariablemente incluye un patio central con acceso restringido (donde se concentra la tropa al llegar), rodeado enteramente de habitaciones, celdas o simples «nichos» abiertos hacia él, donde se aloja cada viajero con su carga (Sims, 1978:101). Este esquema funcional recuerda también al patrón *kancha* (Gasparini y Margolies, 1977:186), la forma arquitectónica básica de los *tampus* del sistema vial Inka (Hyslop, 1984:282).

La localización de las prácticas rituales en los campamentos, en cambio, pertenecería al segundo tipo de variable. Así, los *kowaks* y *chíallas* en las *jaras* llameras se realizan al naciente de las demás actividades (dirección de la salud y la vida), posicionamiento homólogo al de los sahumeros en la casa durante la ceremonia de la partida (Nielsen, 1997a) y al de los altares de señalada o *vírgines* situadas al oriente del corral [Nielsen, s/f]. Los recintos de oración o mezquitas de los *caravanserais*, en cambio, se orientan hacia Mecca, mientras que los altares caravaneros de muros y cajas del período tardío en el Alto Loa se orientan hacia las cumbres de los cerros más destacados de la zona, como las cercanas chullpas asociadas a sitios residenciales del Alto Salado (Berenguer, 1995:192-193).

Las *jaras* se organizan en torno a dos sectores bien diferenciados: (1) el área de carga/descarga, a cuyo alrededor se almacena la carga y se duerme y (2) el *fogonero*, situado siempre fuera de ella, con

frecuencia al este («adelante»), donde se preparan y consumen los alimentos y se permanece por la noche hasta la hora de dormir conversando, reparando alguna pieza del equipo o confeccionando sogas o abarcas para las llamas. Aquí es donde se produce la mayoría de los escasos desechos. Cuando hay parapetos, éstos están siempre abiertos al este y protegen el fogón, no el área de descanso; el viento puede ser tan intenso en algunos casos que resulta imposible cocinar sin algún reparo. Si hay parapetos, los desechos también tienden a concentrarse al este, hacia donde se los arroja o barre al acondicionar el fogón para su reutilización, llegando a formar a veces pequeños basureros. En las *jaras* donde se *kowa* y realizan ofrendas a los Mallkus (ver *infra*), estas actividades tienen lugar siempre al naciente. Las llamas duermen cerca, pero fuera de estas áreas, sueltas o amarradas según el caso. Antes del anocheecer son echadas a pastar en los alrededores de la jara, controlando regularmente que no se alejen de la vista. Durante nuestro viaje, no buscamos leña más allá de un radio de ca. 300 m. del campamento y, por lo general, contamos con agua dentro de un radio similar, aunque en una ocasión la vertiente más próxima se encontraba a un kilómetro de la *jara*.

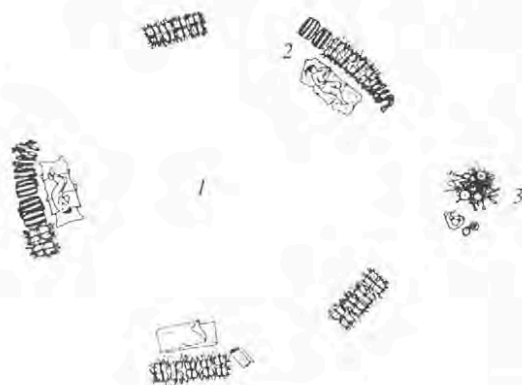
La organización de la *jara* presenta estrechas homologías con la de la casa del llamero (Figura 1; cf. Lecoq 1988:196). El patio de la vivienda sirve para cargar y descargar la tropa al partir o al regresar; lo rodean por tres lados los cuartos y despensas que almacenan las pertenencias del arriero, donde además se duerme; la cocina diurna o *llantero* se encuentra siempre fuera de esta U, preferentemente «al frente» y «a la izquierda» (dirección de la mujer); los corrales y dormideros están alrededor de la casa, los altares y otros puntos de referencia ritual al naciente.

Este esquema se modifica ligeramente en los paraderos que cuentan con corrales o estructuras en U, los que son aprovechados tanto para facilitar la carga/descarga como para proteger el fogón si es necesario (ver Figura 2c). Aún en estos casos, sin embargo, el almacenaje de carga+reposo y el fogonero+actividades asociadas continúan ocupando lugares diferenciados dentro del espacio delimitado por el corral o U.

Expectativas Arqueológicas

El propósito de este apartado es sintetizar las consecuencias de las observaciones hasta aquí descritas para la arqueología de los lugares donde pernoctan las caravanas. Para ello, es preciso considerar ade-

a) Organización de una Jara típica.



b) Organización de una vivienda típica en Sud Lípez.

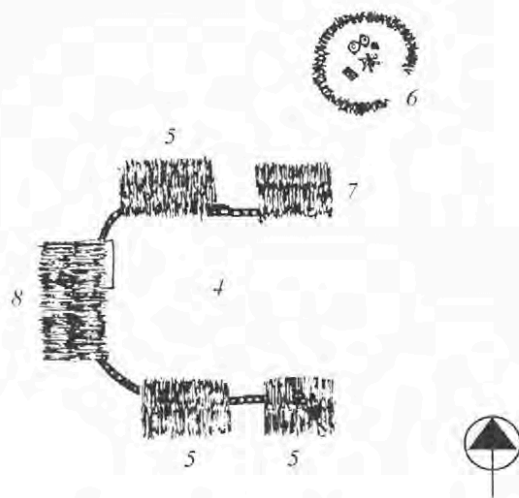
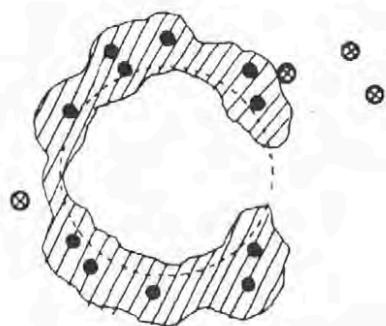


Figura 1: Organización espacial de jaras y viviendas de llameros: 1 = área de carga/descarga; 2 = cargas apiladas/lugar de descanso del arriero; 3 = «fogonero»; 4 = patio/lugar de carga/descarga de tropas; 5 = despensas/dormitorios; 6 = llantero o cocina diurna; 7 = cocina nocturna; 8 = sala o cabildu.

más la incidencia de procesos naturales de formación y de lo que Dewar y Mac Bride (1992:230) denominan «procesos de mediano plazo», responsables de la variabilidad en la ubicación espacial de las actividades y en el contenido de los conjuntos entre

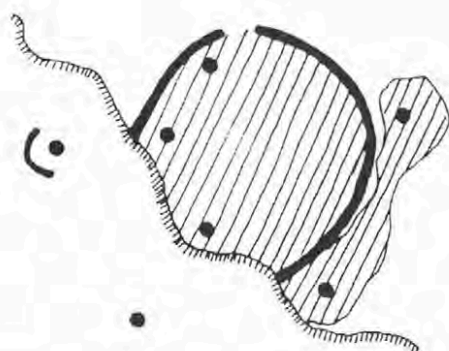
a) anillo de residuos



b) parapeto con basurero



c) corral con residuos



d) corral con refugio



fogón



muro de pirca seca



fogón



sahumerio



área de carga/descarga



barranca



Figura 2: Estructuras arqueológicas de jaranas recurrentemente utilizadas.

sucesivos eventos de ocupación. Estos procesos son particularmente difíciles de precisar actualísticamente, puesto que su operación típicamente excede las escalas temporales de la observación etnográfica.

Manteniendo constantes otros factores, la visibilidad arqueológica de las *jaranas* depende del grado de

redundancia espacial (*sensu* Brooks y Yellen, 1987:68) o reocupación de localidades. En la medida en que lugares específicos sean repetidamente utilizados por varias tropas para acampar, la acumulación de los residuos generados tenderá a formar concentraciones visibles o «sitios». Por el contrario, si la redundancia es baja, los desechos formarán distribuciones de muy

baja densidad a lo largo de la ruta, difíciles de detectar, y más aún de interpretar, sobre todo si se considera lo limitado que son los descartes producidos en cada uno de estos eventos.

La principal variable que incide en la redundancia espacial de los campamentos es la concentración relativa de las condiciones favorables para pernoctar a lo largo de la ruta. En un extremo podríamos situar algunos sectores del altiplano donde estas condiciones son casi ubicuas, en el otro se encontraría el ambiente de desiertos y oasis del Norte de Chile o extremo occidental del altiplano de Lípez. El accidentado paisaje de valles y quebradas de la vertiente oriental andina se ubicaría entre ambos extremos, generando en la misma ruta una amplia gama de expresiones arqueológicas de esta actividad. Aún las jaras más recurrentemente utilizadas en este entorno, sin embargo, son bastante extensas (a veces áreas de varios kilómetros) e incluyen varios «alojamientos» o lugares específicos para acampar, cada uno con muy baja densidad de vestigios de ocupación.

Dentro de estas zonas favorables, redundancia espacial más específica es generada por: (1) abrigos naturales o estructuras abandonadas que puedan ser repetidamente aprovechadas como reparo; (2) la presencia de mejoras en algunas jaranas recurrentemente utilizadas y (3) el hábito de los llameros de volver año tras año y por generaciones a los mismos campamentos, fenómeno que podemos atribuir tanto a la voluntad de reducir la incertidumbre en viaje, como a la existencia de una verdadera tradición de arriería transmitida de padres a hijos, la que además de conocimientos y objetos, incluye esta clase de hábitos.

La tendencia de los arrieros a *jarar* separadamente para velar por sus animales y pertenencias favorece la frecuente formación de sitios discretos, resultado exclusivo de esta actividad, salvo aquellos casos en que se reusan estructuras abandonadas. Ciertas elecciones de emplazamiento, en cambio, impiden sistemáticamente la preservación de los campamentos en ciertos contextos. Tal es el caso del aprovechamiento de chacras ya cosechadas o en barbecho, o el frecuente uso de lechos de ríos secos o arroyos estacionales, cuyas barrancas ofrecen cierta protección contra el viento.

Pasando al contenido, podría decirse que existe una interdependencia entre la recurrencia en el uso de campamentos y la presencia de mejoras. Las jaranas más usadas son las que cuentan con mayores estructuras, y ésta es una de las razones por las que son continuamente utilizadas. Tal vez sea esto el resultado acumulado de pequeños trabajos realiza-

dos por cada arriero; quizás algunas de estas localidades comenzaron siendo utilizadas como *jaranas* por el atractivo que ejercía la posibilidad de reusar estructuras abandonadas, cuya configuración original puede haber quedado completamente borrada por sucesivas modificaciones. Estas alternativas aconsejan cierta prudencia al tratar de ubicar ciertos sitios en categorías funcionales de un sistema de asentamiento, particularmente en ambientes con recursos circunscriptos donde las alternativas locacionales son limitadas. Como ejemplo, considérense los paraderos de caravanas y las estancias pastoriles. Estos dos tipos de ocupaciones no sólo generan sitios semejantes en algunos aspectos (p.ej., pequeños, con relativamente pocos desechos y estructuras, apartados de zonas de uso agrícola intensivo, privilegiando la disponibilidad de pastos, agua y leña en su localización), sino que pudieron coexistir en ciertos lugares particularmente favorables para ambas, o representar etapas en una trayectoria de uso continuo que se inicia en un uso temporario pastoril y culmina con un uso transitorio caravanero, resultando en sitios que combinan las firmas arqueológicas de las dos actividades.

La adversidad del clima es otro factor que se correlaciona con la presencia de estructuras, en particular parapetos y refugios.

Aún cuando los descartes deben haber sido algo más abundantes en el pasado por la ausencia de contenedores y herramientas de metal y plástico, no es probable que estos hayan sido muy abundantes teniendo en cuenta la brevedad con que son ocupadas las *jaranas*. Estos desechos, además, deberían representar un rango de actividades muy limitada, característica que debería ser particularmente notable en campamentos intensamente utilizados que llegaran a concentrar gran cantidad de artefactos, donde esta característica no pudiera ser atribuida a limitaciones de muestra. En principio, estos conjuntos deberían ostentar una muy baja diversidad (*sensu* Jones y Leonard, 1989) al ser evaluados en escalas de categorías funcionales. Si los bienes transportados incluyeran objetos imperecederos frágiles o fáciles de extraviar, estos podrían también incorporarse al registro de los campamentos. Salvo esta última posibilidad, estos sitios no deberían incluir prácticamente desechos de facto ni objetos reutilizables.

Exceptuando los productos derivados del pastoreo, la mayor parte de los desechos generados por los caravaneros (en la *jara* o en otros escenarios de actividad) son producidos por otros grupos y obtenidos mediante viajes de tráfico. Aún cuando no es

imposible que algunos de ellos actúen como marcadores de identidad², sería en principio más acertado tomarlos como una primera aproximación al alcance de la red de tráfico en que se hallan insertos.

Siguiendo la terminología propuesta por Brooks y Yellen (1987:68-69) para el análisis de los paisajes generados por cazadores-recolectores, diremos que los usos sucesivos de una *jarana* son espacialmente *congruentes* cuando se repiten las mismas actividades con la misma disposición espacial. El uso redundante de localidades en forma espacialmente congruente se denomina *reuso* y tiende a generar estructuras de sitio que permiten inferir la organización «paleoetnográfica» de los campamentos. Llamaremos *reocupación* a la redundancia espacial sin congruencia.

Dejando de lado el caso de prácticas rituales como las que trataremos en la próxima sección, la congruencia espacial relativa en las sucesivas ocupaciones de estos campamentos es la resultante, en diferentes situaciones y entornos, de dos grupos de factores antagónicos. Por una parte, la congruencia es favorecida por las restricciones espaciales generadas por el reuso de ciertos rasgos, naturales (abrigos) o construidos (parapetos, corrales), que reportan ventajas al arriero en ciertos contextos. Por el contrario, la obstaculizan la tendencia a evitar rasgos con un costo de mantenimiento alto en relación a las ventajas que ofrecen o a su costo de reposición (p.ej., fogoneros y áreas asociadas). La presencia o no de estos rasgos en diferentes contextos genera un número limitado de estructuras de sitio características de las *jaranas* actuales de uso recurrente:

1. *Anillo de residuos* (p.ej., Vaquerías, Figura 2a): Arbustos y otros obstáculos pueden dificultar considerablemente la tarea diaria de descargar y cargar la tropa. Esto lleva a reutilizar las áreas despejadas que caracterizan las *jaranas* situadas en ambientes con vegetación arbustiva, como los tolares puneños. En ausencia de otros rasgos, sin embargo, la voluntad de evitar las cenizas y desechos producidos por anteriores caravanas

2. Claramente, algunos objetos especiales no elaborados por el propio grupo pueden adquirir el rol de diaeréticos sociales por su función. Ejemplos etnográficos serían los cencerros de los llameros o las armas de metal de los guerreros Twareg.

lleva armar el fogonero en diferentes lugares alrededor de esta área, generando con el tiempo un «palimpsesto» de fogones y desechos alrededor de la misma. La incongruencia en este último conjunto de actividades impide el desarrollo de depósitos estratificados.

2. *Parapetos con basurero* (p.ej., Sique Jara, Figura 2b): En lugares particularmente ventosos, los parapetos tienden a ser reusados, lo que supone limpieza regular de fogones. La ceniza y otros residuos son barridos hacia el este, donde se arrojan además los desechos de mayor tamaño durante la preparación de la comida. En *jaranas* reiteradamente ocupadas, hemos observado la formación de pequeños basureros en esta posición. Las áreas de carga/descarga asociadas no dejarían firmas arqueológicas notables. Si el clima es favorable, los parapetos pueden no ser reusados (ahorrando así las tareas de mantenimiento), por lo que esta estructura no excluye la presencia de otros fogones y desechos fuera de este sector.

3. *Corral con residuos* (p.ej., Wirasoka, Figura 2c): Los corrales o estructuras en U facilitan significativamente la descarga y carga de las caravanas por lo que, cuando estén presentes, estos rasgos son sistemáticamente reutilizados. Si el clima lo aconseja, el interior o exterior de estas estructuras (según los animales duermen dentro o fuera de ellas) puede también ser aprovechado para proteger el fogonero, evitando en lo posible residuos recientes. Fogones y desechos tienden así a distribuirse dentro del corral y en sus alrededores, siendo improbable la formación de depósitos estratificados.

4. *Refugio con corral* (p.ej., Paltorkho, Figura 2d): Las *jaranas* más estructuradas y con mayor cantidad de mejoras que hemos observado cuentan con corral o estructura en U y un pequeño refugio. El fogón se ubica junto a la entrada de este último; hacia el frente se acumulan los residuos por barrido. Aún en estos casos, parece frecuente armar el fogón fuera del refugio cuando el clima lo permite.

En síntesis, cabe generalizar que el carácter precario de los rasgos presentes y la variabilidad de algunas de las condiciones que inciden en la organización espacial de los campamentos de caravanas resultan en niveles relativamente bajos de congruencia en sucesivas ocupaciones. Salvo casos excepcionales,

las estructuras de sitio resultantes tienden a ser «difusas» y típicamente desprovistas de depósitos estratificados.

Jaranas de Ocupación Prolongada

En los viajes a larga distancia, cada tres a cinco jornadas las caravanas descansan o *khainan* durante uno o dos días enteros (cf. Lecoq, 1988:185-186; West, 1981:70). Estas paradas permiten que la caravana recupere fuerzas y se organice para continuar la marcha. Los llamos descansan, abrevan y pastan durante todo el día en lugar de las dos o tres horas de luz al final de cada jornada. Los arrieros les revisan sus patas, curando las heridas con orín y sebo y renovando sus calzados. También ellos descansan, durmiendo, cocinando y comiendo varias veces durante el día. Reparar su ropa y abarcas o algún elemento del equipo que necesite mantenimiento (p.ej., costales, sogas). Los haces de paja que envuelven los bloques de sal (evitando dañar el lomo de los animales) deben ser habitualmente compuestos o renovados. Si se transporta carne fresca, ésta es desplegada al sol para favorecer su conservación. Se ventilan y ordenan los efectos personales y se prepara vellón o hilo para facilitar la fabricación de sogas durante la marcha. En ocasiones se utilizan técnicas de adivinación (p.ej., naipes o coca) para indagar sobre la suerte que aguarda a la tropa en el siguiente tramo del viaje.

Como las paradas diarias, estas *jaranas* o *paskanas de ocupación prolongada* están claramente planificadas y ostentan una periodicidad a lo largo del camino. En las tres principales rutas de caravanas entre el altiplano y el valle de Tarija que utilizan los llameros de Lípez (ca. 300 km divididos en 15 a 20 jornadas), las *jaranas* de esta clase son tres, dividiendo el viaje en cuatro tramos de 2 a 5 jornadas cada uno (Figura 3). Dada su función, están más pautadas aún en su localización, ubicándose siempre en lugares particularmente favorables para acampar en los términos discutidos más arriba. Por sobre todo, son lugares seguros para los animales, con buenos forrajes y agua y, aparentemente, ubicados en lugares solitarios, alejados de las zonas de ocupación más intensiva por parte de las poblaciones locales existentes a lo largo de la ruta. En las rutas recién mencionadas, por ejemplo, las primeras *jaranas* de ocupación prolongada se encuentran por encima de los 4.000 m, en el borde oriental del altiplano, inmediatamente antes de bajar a las quebradas de Tupiza y Talina; las segundas se ubican cerca de la mitad del trayecto, en ambiente de puna al oeste de

Villazón (ruta de arriba), o en K'aipa, la serranía más elevada del viaje, que separa dos tramos del sinuoso recorrido del Río San Juan del Oro; las terceras se distribuyen sobre la Serranías de Cardonales y Sama, el último cordón montañoso que se atraviesa antes de iniciar el descenso al valle de Tarija.

Algunos indicios sugieren, sin embargo, que la elección de estas localidades está también vinculada a aspectos de la reproducción social y cultural de los llameros como un grupo diferenciado. En primer lugar, se trata siempre de parajes desolados en la visión del vallisto, verdaderas ínsulas que recrean el entorno altiplánico de origen de la caravana, un ambiente familiar que no es severamente disputado por los pobladores locales. Con frecuencia convergen a estos lugares varias caravanas *khainando*. En tales casos, los arrieros pueden cocinar juntos y pasar horas conversando, intercambiando información que puede ser crucial para el éxito de los viajes (p.ej., sobre oportunidades de intercambio o el éxito de las cosechas en diversos lugares) o jugando ciertos juegos, como la *palomeada*, similar a las bochas utilizando piedras blancas.

Los llameros de Lípez, al menos, se apropian ritualmente de estos sitios, realizando ceremonias o *kowakos* de diversa envergadura (ver Nielsen, 1997a). Esta asociación entre etapas de descanso y prácticas rituales no es casual. En un nivel funcional básico, las ceremonias demandan tiempo y las libaciones que las acompañan invitan al descanso. Pero allí se encuentran, además, los Mallkus (p.ej., Tengoia, Machu Cruz, Pulario) espíritus tutelares y protectores de la caravana que son regularmente invocados por los llameros, tanto en las ceremonias pastoriles realizadas en su territorio de origen, como en los rituales del viaje. Esta relación entre montañas y caravanas queda plasmada hasta en el nombre con que se designa a los llamos viajeros, *orqo llamakuna* o «llamas de los cerros» (Concha Contreras, 1975:67).

Las ceremonias de la primer y tercer parada en las rutas que van de Lípez al valle consisten en la incineración de *kowa*, coca y *kichiras* (pericardios secos de llama rellenos con pequeños trozos de diversas partes del animal, una ofrenda común en muchos rituales pastoriles) al naciente de la *jara*, sobre un sahumero improvisado con una roca plana. Mientras las ofrendas se consumen, se invoca la protección de los Mallkus para el viaje. El ritual se realiza luego del desayuno, el día de descanso o al día siguiente, inmediatamente antes de partir.

El *kowako* de la segunda parada, aproximadamente a la mitad del viaje, es más complejo y prolon-

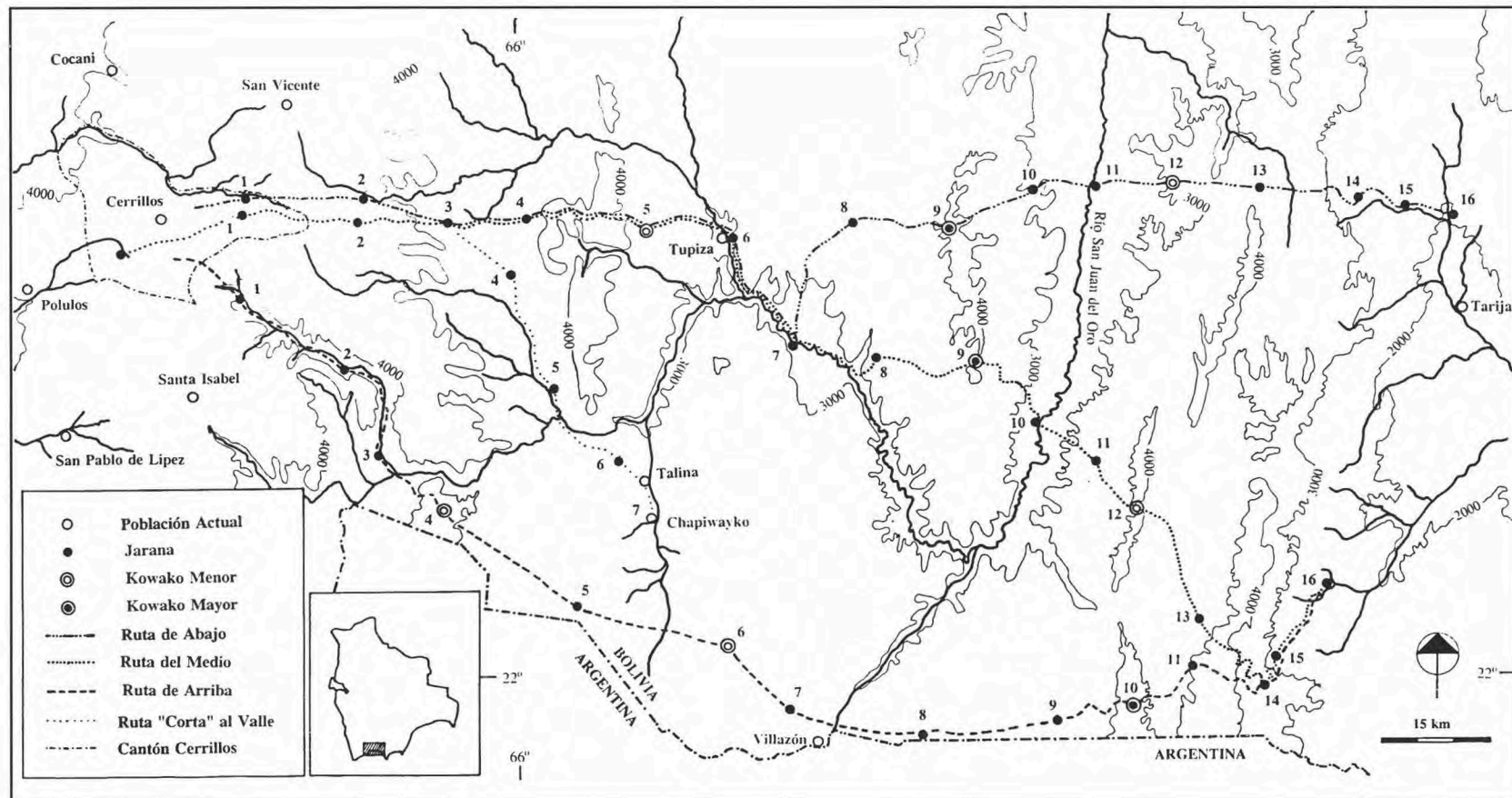


Figura 3: Principales rutas de caravanas desde Lipez al Valle de Tarija mostrando la ubicación de las jaranas diarias (círculo relleno) y las de ocupación prolongada (kowako mayor y menor).

gado e involucra un escenario especial, v.gr., una cumbre próxima a la jara. Allí se encuentran los altares del llamero, que todo viajero sabe encontrar e interpretar. Los arrieros que tuvimos oportunidad de acompañar hasta el valle de Tarija en 1995 recorrían aquella ruta por primera vez. Aún así, al arribar a la *jarana* de Yuraj Cruz (situada en una hoyada alta singularizada mediante grandes apachetas marcando sus dos vías de acceso) donde debían descansar y realizar sus «costumbres», no dudaron en buscar los altares en las colinas circundantes. Al expresar mis dudas sobre el éxito de esta búsqueda, la respuesta fue clara: «tienen

que estar». Y efectivamente estaban. Incluían una serie rasgos alineados de oeste a este: parapeto para proteger a los participantes durante la ceremonia, mesas de piedra (tantas como arrieros participan en la ceremonia), un grupo de lajas con formas que recuerdan la silueta de la llama (una caravana en «miniatura»), un fogón y varias hileras de piedras de hasta un metro de alto y varios metros de longitud que representan los «deseos» del arriero en el viaje (Figura 4a). Salvo el último rasgo mencionado, estos altares son muy semejantes por su contenido y distribución al utilizado para Espíritu (Figura 4b), una ceremonia celebrada en



Figura 4: Organización espacial de altares de caravanas y de Espíritu: 1 = parapeto/reparo; 2 = mesas; 3 = rebaño de llamas en miniatura; 4 = fogón; 5 = «Mallkus»; 6 = hileras de piedras o «deseos» del llamero.

Cerrillos para Pentecostés sobre la cumbre de Tres Cerrillos (el Mallku protector de la comunidad) para agradecer el «multiplico» del año y pedir protección para el ganado durante el invierno (Nielsen s/f).

La mesa del kowako, que reproduce a su vez la que se monta en el patio de la casa durante la ceremonia de la partida, combina los objetos que representan la arriería (cencerros y sogas), la actividad pastoril (*kichiras* y «flores» de lana con las que marcan las orejas del ganado) y la agricultura del valle (coca y costales en miniatura conteniendo maíz y harina). Allí están además la bebida (*zingani*, alcohol), infaltable en todas las ceremonias, las calabazas o *tutumas* para beberla, el incienso y la *kowa*. Cuando no cuentan con *kichiras*, se emplean *virauñas*, pequeñas *illas* o imágenes de camélidos confeccionadas con *tujuca* (grasa del vientre de la llama) y *llompaqa* (harina de maíz blanco). De este modo, la mesa del llamero reúne en el ritual y su parafernalia, los productos de las diversas ecozonas andinas que el viaje de caravanas reúne en la esfera económica. Aunque prácticas semejantes no han sido informadas en otras descripciones de los viajes llameros, Concha Contreras (1975) menciona que los pastores de Antabamba llevan siempre consigo en los viajes un conjunto de objetos sagrados que presenta ciertas similitudes con el que hemos descrito:

«dentro de una *lliclla* de *pallay* había tres *Khuya* o *illa* de bronce, pequeñas y parecidas a las verdaderas llamas, tres pequeñas piedras redondas llamadas *winchu*, que... representan a la fuerza y el vigor de las llamas; tres choelos de maíz de diferentes colores, que son el espíritu del maíz y tienen gran poder mágico, según ellos, para que consigan de inmediato y con facilidad, bastante maíz donde sea, por eso los llaman *sara waqyaq* (el que llama el maíz)». (*op.cit.*:67)

Cabe destacar que un concepto análogo de unir ritualmente lo que el tráfico une económicamente, puede rastrearse en vestigios atribuidos al ceremonialismo de caravanas prehistórico, como sucede con las «cajas» del Alto Loa, que contienen alfarería exótica y plumas de aves tropicales (Sinclair 1994:53), o ciertos conjuntos de arte rupestre asociado al tráfico caravanero en los que se representan balseros, fauna exótica (reptiles, simios) y tal vez algunos de los productos transportados, p.ej., *tumis* (Núñez, 1985; Yacobaccio, 1979).

Durante nuestro viaje, la «costumbre» se desarrolló durante varias horas, desde el arribo a la jara después del mediodía, hasta entrada la noche. Otros la realizan al día siguiente. Los principales pasos inclu-

yen (1) circunambular el altar; (2) preparar las mesas; (3) sahumar el altar; (4) invocar los Mallkus; (5) incinerar las ofrendas (*kichiras* y *virauñas*); (6) repartir el contenido de los costales en miniatura entre los presentes; (7) inflorar la caravana en miniatura y la carga o «deseos»; (8) coquear y beber en los cencerros. Esta secuencia de acciones es casi la misma que en la ceremonia de la partida, en la que se sahuma, se invoca la protección de los Espíritus de las Montañas, se incineran las mismas ofrendas, se infloran los animales para el viaje y se bendice la carga (Nielsen, 1997a). Todas estas homologías refuerzan los vínculos entre estos paraderos y el lugar de origen del arriero. Desde el punto de vista arqueológico, plantean interesantes posibilidades para explorar aspectos de la identidad de los llameros, actuando como «signaturas» que permiten relacionar algunas de las piezas dispersas que conforman los sistemas de asentamiento de determinados grupos caravaneros.

Sumando los elementos hasta aquí reseñados, podemos afirmar que las *jaranas de ocupación* prolongada conforman una red de «oasis» que sustentan en términos ecológicos, logísticos, sociales y rituales la acción de las caravanas fuera de su lugar de origen, como si se tratara de un componente «salpicado» de su propio territorio. A diferencia de las islas de los archipiélagos verticales que articulan lo diverso, sin embargo, estos oasis replican lo familiar en áreas ecológica y culturalmente extrañas. Su importancia es tal, que nos atreveríamos a postular que sitios análogos debieron representar un componente central de la logística de las caravanas prehispánicas, como lo son en la actualidad. Evidentemente, no podemos extender esta afirmación a la faz ritual o simbólica, aunque sí consideramos una hipótesis razonable que si en determinados periodos de la era prehispánica existió un ceremonial propio del caravanero, éste debió expresarse con singular intensidad en estos lugares, por lo que su investigación permitiría explorar aspectos de la vida social y ritual de las caravanas que no serían accesibles en otros contextos. Sitios de este tipo deberían ser relativamente visibles desde el punto arqueológico, teniendo en cuenta los altos índices de reocupación que los caracteriza y la consecuente tendencia a efectuar allí mayor cantidad de mejoras, la relativa abundancia de desechos que resultan de su uso más prolongado y la inclusión de estructuras y descartes excepcionales vinculados a prácticas rituales.

Algunos ejemplos arqueológicos

No es mucha la información arqueológica actual-

mente disponible para ejemplificar los puntos hasta aquí considerados. Primero, porque como debe quedar claro a esta altura del trabajo, las caravanas en tránsito generan muy pocos desechos. Sólo en condiciones excepcionales pueden llegar a conformar sitios arqueológicos reconocibles y, más raramente aún, sitios dotados de una estructura interna lo suficientemente nítida como para permitir explorar aspectos de la organización de las actividades que allí se realizan. Segundo, porque la arqueología andina de la etapa agroalfarera ha tendido a privilegiar la investigación de grandes sitios, ricos en hallazgos, ignorando en la mayoría de los casos los vestigios de menor porte. Por estas razones, los ejemplos que tratamos en esta segunda parte son en gran medida tentativos y sólo aspiran a ilustrar los temas tratados anteriormente y discutir algunos de los problemas que plantea su aplicación.

Una zona particularmente favorable para aplicar algunas de las observaciones recién discutidas es la que ocupa la Reserva Nacional de Fauna Andina Eduardo Avaroa (Provincia Sud Lípez, Departamento Potosí, en adelante REA), en el extremo suroccidental del altiplano boliviano. Se trata de un desierto de altura extremadamente riguroso, casi desprovisto de vegetación, sólo ocasionalmente interrumpido por lagunas (en su mayoría saladas) y pequeñas vegas, donde las vertientes de agua dulce permiten el desarrollo de reducidos pastizales. Esta área casi no alberga asentamientos permanentes³ sino que ha sido tradicionalmente utilizada en forma temporaria para la caza y la recolección de huevos de parina o para el pastoreo estival en algunas vegas de mayor extensión por parte de los pobladores de la cuenca superior del Río Quetena

o de los oasis de la zona atacameña. Hasta hace poco, también era intensamente transitada por arrieros de Lípez o del extremo septentrional de la Puna de Jujuy que acudían a diversas localidades de la cuenca de Atacama y del Río Loa en busca de productos agrícolas. Los datos procedentes de asentamientos sedentarios a ambos lados del macizo andino sugieren indirectamente que esta zona debió desempeñar un papel análogo, como escenario de rutas caravaneras, desde épocas prehispánicas (Browman, 1984; Núñez y Dillehay, 1995 [1979]; Tarragó, 1977; entre otros). Si tales interpretaciones son correctas, cabe esperar que la REA albergue una considerable cantidad de vestigios relacionados a la circulación y descanso de caravanas, los que deberían ser relativamente visibles arqueológicamente, teniendo en cuenta la extremada circunscripción de los recursos necesarios para acampar (generando así una elevada redundancia espacial en el uso de paraderos) y el carácter limitado de otras clases de ocupaciones que podrían obliterarlos.

En 1997 realizamos prospecciones en la Reserva Eduardo Avaroa (REA), detectando medio centenar de sitios que, de acuerdo a la cerámica asociada, se distribuirían en forma continua entre el Período Temprano y la época de expansión Inka (Nielsen 1998). Si consideramos las características de los sitios a lo largo de esta secuencia preliminar, se advierte un marcado contraste entre los momentos más tempranos (sitios con cerámica incisa o San Pedro Negro o Gris Pulido o casi Pulido y con puntas de proyectil triangulares apedunculadas medianas, lanceoladas o romboidales), tentativamente ubicados con anterioridad al 900 d.C., y los tardíos (alfarería de los grupos Dupont, Humahuaca «Isla»⁴

3 La excepción es Laguna Colorada, donde tradicionalmente residen la mayor parte del año una o dos unidades domésticas al cuidado de sus rebaños de llamas. Omitimos actividades que se derivan de la inserción más o menos reciente de la zona en el sistema mundial, como la extracción de yareta, bórax, la producción de energía geotérmica y el turismo.

4 Los materiales «Isla» encontrados corresponden a fragmentos de keros pintados con puntos blancos rellenando campos encerrados en negro y de puicos con diseños reticulados de malla abierta en campos triangulares. Habitualmente se atribuye a estos materiales una antigüedad de 700 a 1000 d.C. (Pérez, 1973). Recientemente, sin embargo, hemos obtenido fechados para materiales semejantes procedentes de depósitos estratificados en cuatro sitios de la Quebrada de Humahuaca (Muyuna, C'aleta 20, San José y Los Amarillos) que los sitúan aproximadamente entre el

900 y el 1200 d.C. (Nielsen 1997c). Esta asignación cronológica es consistente con la observación de que ninguno de los 16 sitios con cerámicas tempranas de la REA (Incisos o Grupo San Pedro) poseen materiales Isla: los tres sitios donde se obtuvieron estos últimos cuentan, en cambio, con cerámica habitualmente considerada más tardía (Yavi-Chicha, Chilpe, Colla, Dupont; ver Tabla 3). Tratándose de recolecciones superficiales, esta evidencia no es en absoluto concluyente, pero sugiere que los grupos tempranos e Isla se comportan independientemente en las muestras. Estas observaciones tampoco contradicen necesariamente las aportadas por Tarragó (1977) sobre la co-ocurrencia de Isla con San Pedro Negro Pulido y materiales de filiación Tiwanaku en contextos funerarios de San Pedro, asociaciones que podrían corresponder a momentos finales en la Fase Coyo (Berenguer et al., 1986).

Puquí, Yura, Taltape, Colla, Yavi-Chicha, Chilpe o Mallku-Hedionda, puntas predominantemente triangulares pedunculadas pequeñas), presuntamente posteriores a esa fecha. Los primeros cuentan en su mayoría (10 de 13) con inversiones arquitectónicas considerables (recintos, corrales) y depósitos de basura fácilmente identificables, denotando ocupaciones regulares y relativamente prolongadas (estacionales?). La abundancia de puntas de proyectil, la presencia de cáscaras de huevo junto a huesos de camélido y de aves en la superficie de algunos de ellos y su tendencia a localizarse en las cuencas de mayor potencial forrajero (sobre todo Laguna Colorada) nos lleva a interpretar a la mayor parte de estos sitios como el producto de ocupaciones estivales con fines de caza, recolección y pastoreo vinculadas (a juzgar por la regular presencia de alfarería del grupo San Pedro) a poblaciones estables de los vecinos oasis de Atacama. De hecho varias de las localidades donde se asientan continúan albergando estancias pastoriles hasta la actualidad.

Los sitios tardíos, en cambio, son más numerosos (más de 20 sin contar las postas inkaicas) pero tienden a ser más pequeños, respondiendo en la mayoría de los casos por su contenido y localización a nuestras expectativas para campamentos de caravanas de uso recurrente. Salvo uno o dos asentamientos, que por su extensión y cantidad de recintos podrían relacionarse a ocupaciones algo más prolongadas, análogas a las del momento anterior (p.ej., Lagunita), los sitios de esta época carecen de inversiones arquitectónicas significativas más allá de pocos parapetos, algún corral o muros que recuerdan a las actuales estructuras en U (p.ej., Vega de Pampa Jara 2 y Rincón de Pampa Jara 2). Dada la circunscripción de recursos anteriormente mencionada, más de la mitad de estos yacimientos han sido utilizados hasta época reciente como *jaranas* de arrieros. A menudo esto impide precisar las características de las estructuras prehispánicas (p.ej., Wirasoka y Paltorkho [Figura 2c y d]), aunque si las hubo, debieron ser bastante precarias a juzgar por la ausencia de cimientos visibles o derrumbes; en otros casos, la antigua arquitectura caravenera se conserva junto a la de factura reciente (p.ej., Guayaques). Uno de los sitios parece haber sido reutilizado antiguamente para edificar un tambo inkaico (Nielsen, 1997b). Por último, seis de los asentamientos tempranos arrojaron también proporciones reducidas de cerámica tardía en las recolecciones superficiales. En uno de ellos (Huayllajara), la existencia de varios perfiles expuestos por pozos de saqueo permitió

constatar que la arquitectura visible corresponde a la ocupación más temprana. Sospechamos que se trata de reocupaciones transitorias de antiguas estancias pastoriles, ejemplificando tal vez casos de reutilización de estructuras para *jarar* como los observados etnoarqueológicamente, una posibilidad que deberá ser contrastada mediante excavaciones.

A diferencia de lo observado para el momento anterior, no todos estos sitios cuentan con recursos pastoriles de importancia. De hecho, algunos de ellos parecen carecer de agua (p.ej., Rincón de Pampa Jara, Peñitas Blancas, Abra de Río Blanco) o sólo están asociados a vegas muy pequeñas que los actuales pobladores no consideran suficientes para el pastoreo estacional (p.ej., Campamento del Inka, Lagunita Pampa, Vega de Pampa Jara), aunque serían de gran valor para la alimentación de tropas en tránsito, particularmente en un paisaje tan hostil. Todos, en cambio, están asociados a rutas tradicionales de llameros que conducen a Chile (Figura 5); desde Nor Lipez por Río Quetena.

- (1) Laguna Khara-Quebrada de Silala al Loa Superior o
- (2) Capina-Laguna Colorada al Río Salado; desde la cuenca del Río Grande de San Juan (Puna norte Argentina-Serranía de Chichas, Bolivia) por
- (3) Lagunas Chojilla-Chalviri-Verde (por Abra de Río Blanco o por Río Amargo y por hito Cajón o por Chaksa) a San Pedro de Atacama o
- (4) Laguna de Vilama-Aguas Calientes a diversas localidades de la cuenca del Salar de Atacama.

Puesto que no hemos realizado aún excavaciones en estos sitios, resulta difícil explorar los puntos discutidos en relación al contenido y particularmente a la estructura de este tipo de sitios. Aún así, el examen de las Tablas 2 y 3, en las que se sintetizan los resultados de recolecciones superficiales probabilísticas, pone en evidencia algunos puntos de interés. Comenzando por la cerámica, llama la atención la gran diversidad estilística que presenta, particularmente notable considerando lo pequeños que son estos sitios y lo reducido de las muestras. Algunos de ellos contienen materiales correspondientes a cinco o seis grupos estilísticos diferentes (sin considerar la diversidad del material «ordinario») en muestras al azar de dos centenares de tiestos o menos (Tabla 3). Más aún, las áreas de origen habitualmente aceptadas para algunos de estos materiales están muy alejadas entre sí. Esta característica es consistente con lo afirmado oportunamente respecto a las caravanas utilizando regularmente artefactos producidos por otros grupos a los que se vinculan mediante la red

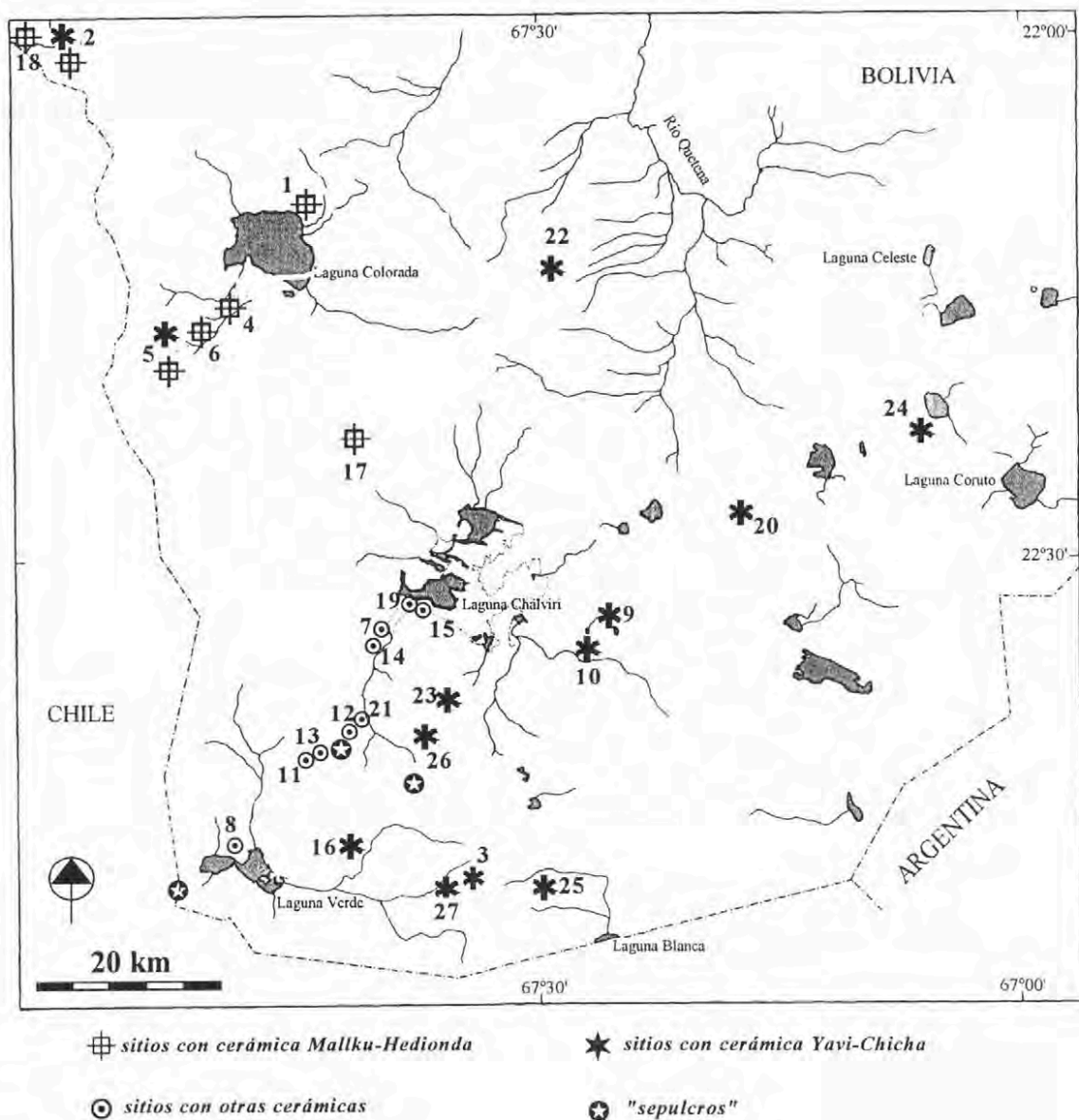


Figura 5: Sitios tardíos o con componentes tardíos en la Reserva Eduardo Avaroa.

de tráfico. Si esto es así, la distribución de algunos de estos materiales podría brindar una primera aproximación a la configuración de algunas de estas redes.

En la Figura 5 se muestra la distribución de sitios conteniendo cerámica de los Grupos Mallku-Hedionda y Yavi-Chicha. Elegimos estas dos categorías porque son claramente identificables, son relativamente abundantes en las muestras y existe una idea al menos aproximada de su áreas de origen, v.gr., NorLópez (Arellano y Berberían, 1981; Nielsen,

1998) y la Puna nororiental-Sierra de Chichas (Krapovickas, 1983; Raffino et al., 1986) respectivamente. Lo primero que salta a la vista es la segregación espacial que ostentan estos grupos, con sólo dos sitios (Silala 3 y Corrales de Huayllajara Oeste) incluyendo ambas clases cerámicas. Si nuestra interpretación de estos yacimientos como antiguas *jaranas* es correcta, estaríamos en presencia de dos redes de tráfico diferenciadas: una al norte, marcada por la dispersión de alfarería Mallku-Hedionda, que coin-

Tabla 2: Características generales de los sitios con ocupaciones tardías de la REA.

	Arq/ Tipo	Ctas.	Cobre Total	Cerámica Divers	Instr. A/C Puntas	Líticos Otros	Reoc.
<i>tempranas c/componente tardío</i>							
1. Laguna Colorada 2	REC	X	X 242	4	1.3	0 X	P
2. Silala 3	?	-	X 163	3	0.4	X 1	J
3. Aguas Calientes	REC	X	X 191	3	-	X 2	PJ
4. Huayllajara	REC	X	X 327	4	0.8	4 4	-
5. Corrales de Huallajara O	REC	-	X 196	6	1.7	X 3	P
6. Corrales de Huallajara E	REC	-	X 122	2	0.5	- -	P
<i>tardíos</i>							
7. Estancia Don Lucas	?	X	X 126	3	0.2	1 2	P
8. Laguna Verde 1	?	X	X	2	-	- -	C
9. Wirasoka	?	X	X 311	5	0.9	1 2	J
10. Laguna Wirasoka	par	X	- 171	2	0.7	- 2	J
11. Abra de R. Blanco O	par	-	- 25	4	-	- -	-
12. Rincón de Pampa Jara 1	REC	-	X 103	6	-	- X	J
13. Abra de R. Blanco E	par	X	X 92	5	-	- X	-
14. Vega de Pampa Jara 2	par	-	X 242	3	0.7	- 2	-
15. Polques Jara 1	?	-	X 173	1	0.4	- 2	J
16. Peñitas Blancas	par	-	- 22	2	-	- -	-
17. Lagunita Pampa	?	-	X 1	1	-	- -	J
18. Silala 2	?	-	X 3	3	-	- -	J
19. Polques	REC	-	- 93	2	0.4	5 3	-
<i>tardíos c/artefactos Inka</i>							
20. Campamento del Inka	TAM	-	- 229	5	0.8	6 3	-
21. Rincón de Pampa Jara 2	par	X	X 141	3	0.2	- -	-
22. Paltorkho	par	-	- 31	2	-	1 -	J
23. Vega de Lagunita	?	-	X 59	3	-	- -	J
24. Chojllas	?	X	X 130	3	0.6	- 1	P
25. Guayaques	?	-	X 199	3	-	1 -	PJ
26. Lagunita	REC	X	X 300	3	-	- -	-
27. Río Aguas Calientes	par	X	- 59	3	-	- -	-

Arquitectura/Tipo: ? = presencia incierta de arquitectura debido a reocupaciones; REC = recintos, arquitectura permanente o semipermanente; par = parapetos, arquitectura de uso transitorio; TAM = tambo Inka. Cerámica: A/C = cociente entre formas abiertas y cerradas (bordes, bases y asas exclusivamente). X = atributo presente en muestras no probabilísticas. Reocupación: tipo de reocupación actual o subactual del sitio. P = puesto pastoril; J = jarana; C = campamento minero.

Tabla 3: Grupos estilísticos presentes en la cerámica de sitios tardíos de la REA

	IS	PQ	DU	RP	YU	TL	CO	CH	MH	YC	IK
1. Laguna Colorada 2			7	2		X			2		
2. Silala 3				2					1	X	
3. Aguas Calientes			2							1	5
4. Huayllajara			12	2					1		X
5. Corrales Huayllajara O			2	6	X		2		8	1	
6. Corrales Huayllajara E							3		1		
7. Estancia Don Lucas		5		2	3						
8. Laguna Verde 1		X	X								
9. Wirasoka	1	3	8	7						23	
10. Laguna Wirasoka	2									4	
11. Abra de Río Blanco O	2				1		X	1			
12. Rincón de Pampa Jara 1		1	X	2	4	3	1				
13. Abra de Río Blanco E			1	1	7	2	4				
14. Vega de Pampa Jara 2					12		3	1			
15. Polques Jara 1					1						
16. Peñitas Blancas			3							2	
17. Lagunita Pampa									X		
18. Silala 2			X	X					X		
19. Polques				1							
20. Campamento del Inka			2	6			1	X		23	
21. Rincón de Pampa Jara 2				2				1			1
22. Paltorkho										1	1
23. Vega de Lagunita			2							1	1
24. Chojlla			7							3	11
25. Guayaques			6							8	18
26. Lagunita			1							12	1
27. Río de Aguas Calientes										X	3

Grupos cerámicos: IS = Isla; PQ = Puqui; DU = Dupont (Interior Negro Pulido); RP = Rojo Pulido/Pintado; YU = Yura; TL = Taltape; CO = Colla; CH = Chilpe; MH = Mallku-Hedionda; YC = Yavi-Chicha; IK = Inka. X = se omite la frecuencia por encontrarse presente en muestras discriminadas.

cidría con las rutas etnográficas entre Nor López y los Ríos Loa y Salado, otra al sur, correspondiente a la distribución de cerámica Yavi-Chicha, que abarcaría las rutas actuales entre la Cuenca del Río San Juan y los Oasis de Atacama. Estas observaciones son consistentes con lo notado por arqueólogos tra-

bajando del lado chileno respecto a la existencia, en épocas tardías, de una discontinuidad entre la zona del Salado-Loa Superior (Fase Toconce), con marcadas influencias altiplánicas, y la cuenca de Atacama donde se advierten mayores vinculaciones con el fenómeno Yavi-Chicha y el Noroeste argentino en

general (Castro et al., 1984; Núñez y Dillehay, 1995 [1979]). También hay una serie de sitios distribuidos a lo largo de la ruta actual que va desde Laguna Chalviri a Laguna Verde por Río Blanco, cuyas muestras no poseen materiales de ninguno de estos dos grupos, sino sólo aquellos que parecen ser algo más tempranos dentro del Período Tardío (p.ej., Isla, Puquí, Yura). Tal vez se trata de una ruta alternativa de uso más frecuente en una primera época que por alguna razón deja de usarse posteriormente.

Si nuestra interpretación es hasta aquí aproximadamente correcta, entonces, el examen de este ámbito «intermedio» entre zonas de ocupación estable, estaría acusando importantes cambios en la territorialidad y modos de utilización del espacio alrededor del 900 d.C. Primero, disminuyen sensiblemente los asentamientos más estables que indicarían formas de control directo desde la zona de San Pedro, fenómeno que guardaría cierto paralelismo con la concentración poblacional e intensificación del uso del territorio observada en el propio oasis y bolsones agrícolas relacionados con el surgimiento de los pukaras (Núñez, 1991:59-63). A partir de entonces este espacio parece convertirse fundamentalmente en lugar de paso de caravanas. La considerable visibilidad arqueológica que adquieren los vestigios de esta actividad (en términos relativos) indica un aumento considerable del tráfico, un fenómeno que ya ha sido independientemente establecido a partir de otras evidencias (proliferación de bienes alóctono y artefactos vinculados a la arriería, arte rupestre, etc.). Esto no significa negar la existencia del traslado de bienes a larga distancia con anterioridad a esta época, pero éste parece haber sido sensiblemente menor a lo largo de estas rutas o haber involucrado quizás otros mecanismos para el desplazamiento de productos. El contenido y distribución de los campamentos sugieren que las nuevas redes privilegiaban la circulación este-oeste, vinculando zonas distantes que, hasta donde sabemos, albergaban formaciones sociales políticamente autónomas y culturalmente diferenciadas y formando, en relación a ciertos productos al menos, áreas de distribución discretas.

Materiales inkaicos fueron encontrados en varios sitios de toda el área. Llama la atención la

excelente calidad de algunos de estos objetos, que incluyen ejemplos de los estilos Cuzco Polícromo y, en un caso, hasta una maza lítica estrellada. Curiosamente, no encontramos artefactos de filiación Inka en las dos postas o tambos con arquitectura claramente imperial, en tanto que los registrados en el Tambo de Licancabur son muy escasos y no se comparan en calidad con los observados en los pequeños campamentos de caravanas (Nielsen, 1997b). Dada la carga simbólica que habitualmente se acepta revestían estos objetos como marcadores de prestigio y las restricciones que existían sobre su circulación cabe preguntarse sobre el significado de estos hallazgos. ¿Aprovecha la administración imperial las redes caravaneras existentes o se trata de bienes «filtrados» de la esfera estatal a los circuitos locales? Una investigación pormenorizada de los paraderos de caravanas podría brindar información para responder esta clase de interrogantes vinculados a la economía política del tráfico.

Pasando al aspecto funcional de los conjuntos, los cocientes entre piezas abiertas (pucos) y cerradas (ollas), calculadas sobre fragmentos de bordes, bases o asas, brindarían cierto sustento a la hipótesis etnoarqueológica sobre la elevada proporción de piezas de cocina en relación a las de servicio en las *jaras*. Los cocientes obtenidos en 10 sitios tempranos interpretados como puestos estacionales (media 1.04) son significativamente más elevados ($t = 2.4$; $p = 0.03$) que los obtenidos en los nueve sitios tardíos considerados campamentos en los que este índice pudo calcularse (media 0.54). No obstante, creemos que este punto debería ser evaluado mediante una reconstrucción más precisa de formas que no es apropiado emprender en esta oportunidad dadas las limitaciones de nuestras muestras.

Como lo demuestra la Tabla 2, en casi todas estas ocupaciones hemos encontrado fragmentos de mineral de cobre, lo que acuerda con lo propuesto por Núñez (1987) respecto a la importancia del tráfico prehispánico de metales. Al analizar la composición de estos materiales (Tabla 4),⁵ encontramos que la mayoría de ellos (14 sobre 20 muestras analizadas) contienen atacamita ($\text{CuCl}_2 \cdot 3\text{Cu}[\text{OH}]_2$), un mineral de oxidación del cobre propio de zonas desérticas. Este mineral, que no ha sido registrado hasta ahora en Argentina, es común en minas del norte de Chile (Petersen, 1970:4), incluyendo Chuquicamata y Conchi (en este último caso asociada a carbonato de cobre), ambas con evidencias de explotación en época pre-Inka (Núñez, 1987:82). Desgraciadamente, carecemos por ahora de datos sobre los minerales

5 Quiero agradecer a Carlos Angiorama, quien efectuó los análisis de las muestras, sin hacerlo por ello responsable de mis interpretaciones.

Tabla 4: Minerales identificados en muestras de cobre procedentes de 14 sitios de la REA

sitio	atacamita	crisocola	carbonato de Cu
Estancia Don Lucas		X	
Laguna Verde 1	X		
Abra de Río Blanco (2)	X		X
Polques Jara		X	X
Rincón de Pampa Jara 1	X		
Rincón de Pampa Jara 2	X	X	
Guayaques (2)			X
Lagunita			X
Chojllas	X		
Wirasoka	X		
Aguas Calientes (4)	X		
Huayllajara	X		
Corralea Huayllajara	X		
Silala 2	X		
Silala 3	X		

Nota: se indica entre paréntesis cuando se procesó más de una muestra.

existentes en Lázpez, cuyos pobladores aparentemente también estuvieron regularmente involucrados en la metalurgia (Lozano Machuca, 1992 [1581];31). Los datos hasta ahora disponibles, sin embargo, sugieren que el mineral que circulaba por estas rutas procedía del «cinturón del cobre» de la zona atacameña.

Otra posibilidad, que no excluye la anterior, es que el cobre presente en estos sitios esté relacionado a prácticas rituales propias de las caravanas. Así lo sugiere el hallazgo en tres pasos montañosos por los que atraviesa la tercer ruta mencionada anteriormente.

6 Los pobladores del lugar cuentan que antiguamente vivía en la cima del Volcán Licancabur un rey sin piernas que era constantemente transportado por sirvientes a lo largo y ancho de la comarca. En ocasiones, el esfuerzo que debían hacer para llegar hasta las abras era tan grande, que los porteadores morían de agotamiento. Su rey entonces los enterraba allí con ricas ofrendas de metal, de donde se origina el nombre de «sepulcros».

(Abra de Chaksa, Río Amargo y Río Blanco, Figura 5), de rasgos que los lugareños llaman «sepulcros». Se trata de círculos de piedras simples semienterradas de 1-1,5 m de diámetro conteniendo concentraciones de mineral de cobre, a menudo finamente molido, junto con cuentas de collar o *walkas* confeccionadas en minerales de cobre (p.ej., azurita, malaquita o crisocola) o en ceniza volcánica. Estas últimas aparecen frecuentemente en contextos funerarios en San Pedro de Atacama, particularmente en los del Período Intermedio Tardío (Tarragó, 1989:449-453). De acuerdo a nuestros informantes locales, existen numerosos rasgos de este tipo a lo largo de las rutas de arrieros que atraviesan la REA. La presencia de cuentas de cobre o ceniza volcánica (además del mineral de cobre) en casi la mitad de los sitios que nos ocupan (Tabla 2) y de cinco «sepulcros» como los descritos junto al yacimiento de Huayllajara, sugieren que las prácticas en cuestión no sólo se vinculan a las rutas y pasos, sino que pudieron desarrollarse también en los propios campamentos.

Ofrendas similares de cuentas y/o mineral de cobre se encuentran vinculadas a paraderos de cara-

vanas con petroglifos en los alrededores de San Pedro de Atacama (L. Núñez, comunicación personal 1998), a sitios de muros y cajas y apachetas en el Alto Loa (Berenguer, 1995:193) y en *paskanas* asociadas a geoglifos en la zona de Tarapacá (Núñez, 1976:180). También al oriente de los Andes se han registrado contextos similares en los últimos años. En la Quebrada de Humahuaca, por ejemplo (Figura

6), la asociación de mineral y cuentas, aparece en pasos montañosos asociados a importantes caminos «de herradura» que dan acceso al valle del Río Grande y a los principales valles orientales (p.ej., Abras de Sepulturas, Cosmate y Chasquillas), a veces acompañada de trozos de ceniza volcánica y roca caliza de forma cilíndrica (como «preformas» para la fabricación de cuentas) y pequeñas esferas de

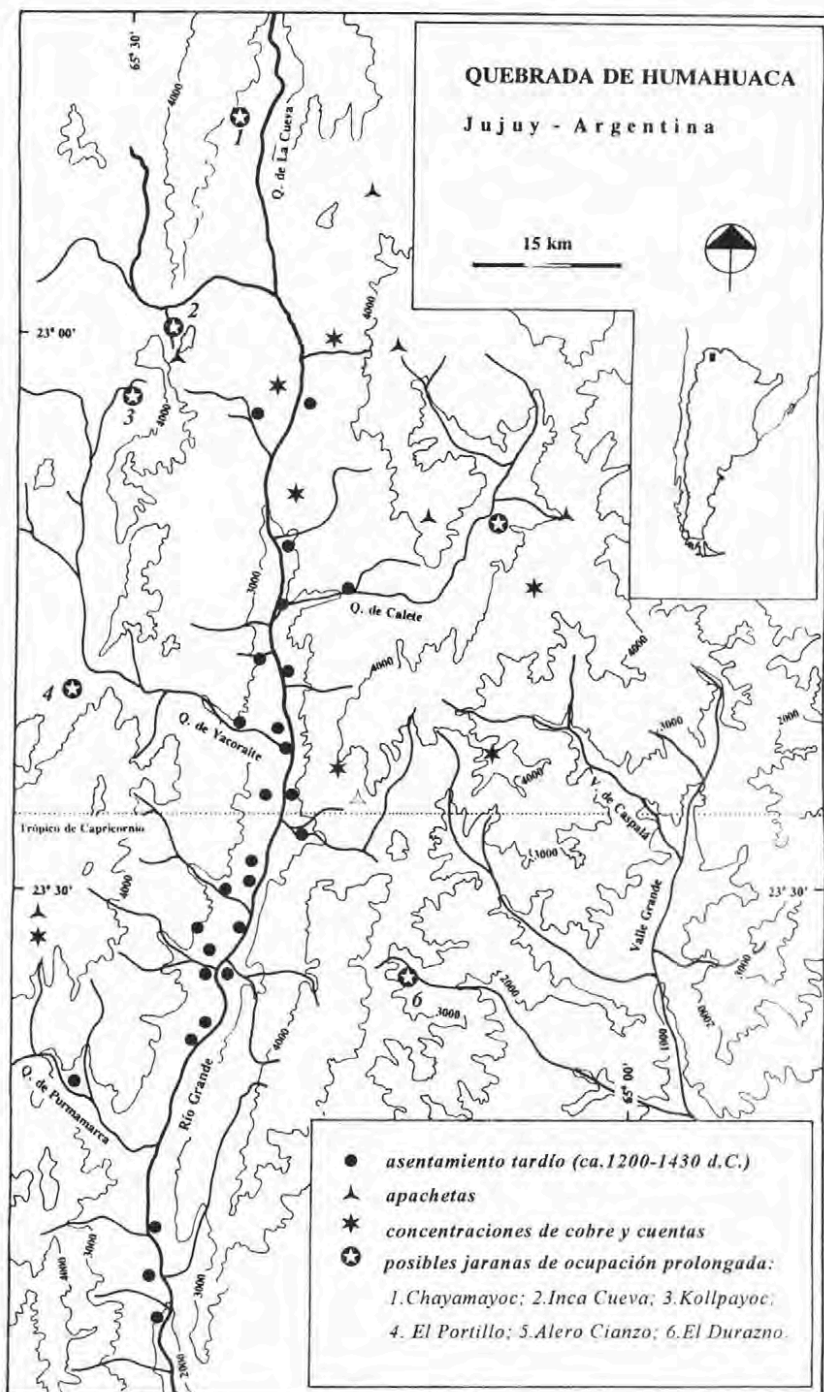


Figura 6: Asentamientos tardíos y posibles vestigios de caravanas en la Quebrada de Humahuaca.

pedra de ca. 1 cm de diámetro (Abra del Pueblo [Nielsen, 1989:49]). También se encuentran en cumbres de mediana o baja altura en el propio ámbito de la Quebrada, como en los Cerros Agua Colorada y Juire. En una de las cumbres del Cerro Negro de Humahuaca, hacia el sur del sitio de petroglifos con motivos de caravanas descrito por Fernández Distel (1969), realizamos un hallazgo similar de mineral y cuentas, asociado a un fragmento de kero con diseños «Isla» en negro sobre rojo (líneas paralelas en campos triangulares) y un pequeño círculo empedrado o pavimento de lajas de alrededor de 1 m de diámetro. Rasgos como éste se presentan en gran número en Mayo Puncu un sitio recientemente localizado por Mamani (1998) al occidente de la Laguna de Pozuelos, cerca de Rinconada, aparentemente vinculado también al ceremonialismo caravanero (Nielsen y Mamani 1997). Recientemente Zaburlín (1998:63) ha registrado para la zona de Casabindo algunos casos de mineral de cobre y cuentas en abras o cumbres, aislados o asociados a apachetas.

La aparición de un ceremonial propio del caravanero en épocas tardías podría denotar el surgimiento de grupos o sectores sociales especializados en el tráfico y dotados de una identidad diferenciada. Anteriormente sugerimos que, si las caravanas prehispánicas hicieron uso de puntos de apoyo logístico análogos a las actuales *jaranas* de ocupación prolongada, estos sitios serían particularmente favorables para investigar directamente a estos grupos. Los datos que disponemos no nos permiten por ahora atribuir esta función a ninguno de los sitios detectados en la REA. Sin embargo, algunas localidades contemporáneas que han sido interpretadas en relación al tráfico en otras regiones, como Parcollo en Tarapacá (Núñez, 1985), Santa Bárbara en el Alto Loa (Berenguer, 1994, 1995), Mayu Punku-Puka Loma en Pozuelos (Mamani, 1998) e Inca Cueva (Aschero, 1979; Fernández Distel, 1983a) en las cabeceras de la Quebrada de Humahuaca, reúnen en ecozonas diferentes y bajo expresiones culturalmente disímiles, características comunes de esta clase de sitios, v.gr., condiciones particularmente favorables para el descanso y reposición de la tropa (pasturas, agua), evidencias del uso recurrente como paraderos transitorios, segregación espacial respecto a las zonas de asentamiento permanente y uso agrícola intensivo y una elevada concentración de expresiones del ceremonialismo caravanero.

Las posibilidades y problemas particulares que ofrecen este tipo de localidades pueden ejemplificarse mediante la consideración de algunos casos que,

tentativamente, se aproximarían a esta definición en la Quebrada de Humahuaca: Inca Cueva (*op.cit.*), Chayamayoc (Fernández Distel 1983b), Kollpayoc (Nielsen et al., *s/l*), El Portillo (Fernández, 1997), Alero Cianzo (Fernández Distel, 1984) y tal vez El Durazno (Madrazo, 1966). Todas estas localidades o sitios poseen pictografías atribuibles al Grupo C (Período Tardío) definido por Aschero (1979), incluyendo motivos que podrían vincularse al tráfico de caravanas, como las hileras de llamas, a veces con indicación de detalles de la forma y coloración del vellón, atadas o no, a veces conducidas por antropomorfos, y antropomorfos con detalles de indumentaria. Estos lugares cuentan con cursos de agua permanente y excelentes recursos para el pastoreo. Todos ellos están, además, asociados a algunas de las principales rutas de acceso al ámbito de la Quebrada: desde el norte por la Quebrada de La Cueva (Chayamayoc); desde el NO por Azul Pampa-Abra del Altar-Hornaditas o por los Ríos Vizcarra-Yakoraite (Kollpayoc); desde el oeste por El Portillo-Quebrada del Arenal-Yakoraite; desde el noreste por Abra de Zenta-Abra de Cianzo (Alero Cianzo); desde el este por El Durazno-Abra Colorada o Campo de la Laguna-El Alfarcito-Tilcara. La importancia de estas rutas queda adicionalmente testimoniada por el uso continuado de la mayoría de ellas en época Inka, cuando incluso albergan asentamientos (fortalezas, guarniciones) que parecerían haber actuado como puntos para control de la circulación hacia y desde el territorio Humahuaca (Nielsen, 1996a). Como lo revela el mapa de la Figura 6, se encuentran además distribuidos a lo largo de las cabeceras o cursos medios de quebradas tributarias del Río Grande, ocupando una faja que, según lo hemos argumentado en otra oportunidad (*op.cit.*), parece haber estado desprovista de asentamientos residenciales permanentes de importancia durante las Fases Sarahuaco-Pukara (ca. 1200-1430 d.C.), cuando la población se concentra en un número limitado de instalaciones sobre la Quebrada troncal y zonas adyacentes. Este patrón de localización es análogo al que ostentan las *jaranas* de ocupación prolongada de los llameros actuales (Figura 3).

Por último, estas localidades suelen contar con vestigios de ocupaciones tardías de carácter temporario o transitorio. En Inca Cueva (Cuevas 1 y 5), Alero Cianzo y El Portillo, como niveles de ocupación con fogones y cerámica y otros desechos en los propios abrigos. Ni en Chayamayoc ni en la Cueva Pintada del Potrero de los Toldos (El Durazno) se informan vestigios de ocupación más allá de las

pinturas, aunque esta última no ha sido investigada. No obstante, dado el carácter de los vestigios que podríamos esperar del uso de estas localidades como *jaranas* (vestigios escasos, poco densos, no estratificados, sin rasgos de importancia), queda abierta la posibilidad de que estas evidencias hayan sido pasadas por alto por los investigadores, interesados fundamentalmente en el arte. Así, por ejemplo, además de los hallazgos descritos por Fernández Distel en el propio Alero Cianzo (1984:32), hemos observado una dispersión de artefactos de considerables dimensiones (incluyendo alfarería bicolor tardía), aparentemente sin estructuras asociadas, sobre la terraza izquierda del Río Cianzo donde desemboca el pequeño cauce donde se aloja el alero, a escasos 100 m de las pinturas.

La situación es algo más compleja en Kollpayoc, un yacimiento situado a orillas de una gran vega cerca de las nacientes del Río Vizcarra (Nielsen et al., s/f). Las pictografías se concentran en 8 paneles dipuestos sobre los lados norte y oeste de un gran bloque monolítico que se ensancha en su parte superior, formando un alero de 8 metros de profundidad máxima abierto al norte. El abrigo está casi desprovisto de sedimentos, pero se observan fragmentos cerámicos sobre la roca desnuda. El espacio ubicado inmediatamente al «frente» (norte) ha sido cercado mediante un antiguo corral de planta irregular que posee un pequeño recinto cuadrado (ca. 1,5 x 1,5 m) en su interior. Ignoramos si esta estructura es contemporánea con las pinturas, aunque encontramos algunos fragmentos de cerámica ordinaria, comparable a la prehispánica por su textura. Cerca del alero, y en toda la margen sur de la vega hay grandes rocas y acumulaciones de ellas que forman pequeños ámbitos reparados en sus intersticios. Aún no hemos concluido el relevamiento de estos lugares, pero un recorrido preliminar ha permitido detectar vestigios superficiales (cerámica y puntas de proyectil de características tardías, restos óseos, desechos de talla), en siete de ellos, a lo que se suman varias concentraciones discretas y hallazgos aislados a lo largo del margen sur y oeste de la vega. Estos hallazgos son consistentes con nuestras expectativas respecto a *jaranas* de ocupación prolongada. El corral y refugio asociado podrían ser interpretados como vestigios de un uso pastoril del sitio en ciertos momentos, aunque como se observó oportunamente, esto no invalida su aprovechamiento por parte de arrieros en tránsito. Esta doble posibilidad plantea, sin embargo, un problema interpretativo característico de este tipo de localidades, v. gr., la relación entre

el uso pastoril y caravanero de estos espacios (cf. Berenguer, 1995). De hecho, por analogía con el uso actual de la tierra, la mayoría de los autores ha interpretado a los vestigios que nos ocupan y otros similares, incluyendo el arte, como la expresión de pastores vinculados a los asentamientos permanentes de la Quebrada, aprovechando los forrajes de los pisos «altos» de su territorio, probablemente durante el verano (Aschero, 1979; García, 1995; Hernández Llosas, 1991; Nielsen, 1989, 1995; Olivera y Palma, 1986; entre otros).

El problema es en primer lugar metodológico. Ambas clases de ocupaciones privilegian los mismos recursos (agua, forrajes, leña) y tienden a segregarse espacialmente de actividades agrícolas (durante ciertas estaciones al menos), en la medida en que los animales pueden representar una amenaza para los cultivos. Más aún, podría afirmarse que, en los extremos, los rangos de variabilidad de *jaranas* y puestos pastoriles temporarios se superponen; v. gr., hay una gran semejanza entre las actividades desarrolladas (y potencialmente en los residuos que podrían generar) en una *jarana* de uso recurrente y una estancia pastoril de uso breve, aunque sus implicancias para entender los sistemas de asentamiento que las generan sean diferentes. No obstante, creemos que la mayoría de las veces, estas dos clases de uso (si están efectivamente separadas) generan sitios diferenciados. Por razones de espacio no podemos explayarnos en este punto, pero los estudios etnoarqueológicos (Nielsen, 1996b, s/f; Tomka, 1994; Yacobaccio et al., 1998) indican que los puestos pastoriles de uso temporario deberían diferir arqueológicamente de las *jaranas* de ocupación prolongada que hemos descrito. Aquellos poseerían mayor cantidad (y diversidad) de desechos que podrían formar depósitos relativamente concentrados y/o estratificados, incluirían conjuntos óseos, cerámicos y líticos de características particulares y contarían con mayores inversiones estructurales, relacionadas a un uso más prolongado y recurrente (*ergo*, espacialmente congruente) y a la voluntad de consolidar derechos sobre el uso de ciertas praderas.

El otro problema concierne hasta qué punto estas dos clases de ocupaciones ocurren en lugares diferentes. Ya mencionamos la posibilidad de que etapas caravaneras y pastoriles se alternen en la trayectoria de uso de una estructura o lugar. Ambos tipos de ocupación pueden también coexistir en una localidad; a menos de un kilómetro de la *jarana* de Yuraj Cruz, donde se encuentran los altares descritos en la primera sección, hay una estancia pastoril de pobla-

dores de la zona agrícola de Valle Grande (Río Grande de San Juan), donde mis compañeros concurren a ¡cambalachear! durante los días de descanso. En última instancia, se trata de una cuestión empírica, que debería ser evaluada en cada caso con la evidencia pertinente. En cualquier caso, se trata de un punto de gran interés, ya que alude a las relaciones entre las caravanas y las sociedades locales (o sectores de ellas) cuyos territorios articulan o atraviesan: su investigación desde este punto de vista podría brindar información relevante para evaluar aquellos aspectos de los modelos caravaneros relativos a la inserción social de los arrieros (p.ej., la posibilidad de un control de esta actividad por parte de élites locales o los presuntos conflictos en torno al control de rutas).

Puede también cuestionarse la relación entre el arte rupestre y el caravanero. Aschero por ejemplo, manifiesta reservas respecto a esta interpretación para los motivos del Grupo C de Inca Cueva basándose en el contenido de las representaciones:

«...camélidos agrupados, alineados o en conjuntos con escenas de cópulas, personajes femeninos y masculinos posiblemente enmascarados, con arqueros y filas de antropomorfos, constituyen diferentes aspectos que llevan a la consideración de un modelo interpretativo que tiene a la actividad pastoril como centro de las manifestaciones de este grupo estilístico que ocurren en *un* sitio de *un* microambiente específico... como un sistema de expresión simbólica que a través de la figura del camélido explicita las circunstancias, las ofrendas y el culto en el que el mundo del pastor estaba inmerso.» (1979:442, énfasis original)

Cabe recordar, sin embargo, que los caravaneros son siempre pastores, quienes se trasladan con su cosmología. Como lo manifestamos en la primera sección de este trabajo, los rituales en viaje de los llameros de Lípez ostentan múltiples similitudes en cuanto a las acciones, organización y parafernalia con las ceremonias pastoriles realizadas en su territorio de origen, como Espíritu, *K'ilpa* y Señalada. En todas ellas participan alusiones a los Mallkus (orientación), a los viajes (cencerros, sogas), al rebaño (miniaturas de llamas en piedra, *kichiras*) y a la fertilidad (parejas de *virauñas* y de *chukas* o falos), etc. En la misma línea de argumentación agregaríamos que estas repeticiones y las alegorías que encie-

rran son cruciales para que, mediante el ritual, la *jarana* se convierta en casa del arriero. Una de las vías para esclarecer estas alternativas interpretativas residiría, nuevamente, en la posibilidad de identificar arqueológicamente jaranas asociadas.

Como lo sugerimos anteriormente, las características de los sitios o desechos rituales, su distribución y sus homologías con otros vestigios similares o asociados a sitios funcionalmente diferentes, podrían brindar importantes indicios sobre la identidad de los propios caravaneros o sobre la existencia de grupos diferentes en control de ciertas rutas o circuitos. Es importante notar, que las unidades espaciales definidas por este tipo de indicadores (suponiendo, claro está, que en ciertas épocas operaron como diacríticos sociales) no son necesariamente isomorfas con las que surgen del análisis del origen y distribución de los bienes transportados o de los enseres utilizados y descartados en los campamentos (p.ej., cobre, cerámica, lítico). En otras palabras, un mismo grupo de arrieros puede ser responsable del movimiento regular de bienes diferentes en circuitos discretos, mientras que varios grupos con identidades diferentes pueden estar involucrados en el desplazamiento del mismo producto. Retomando el ejemplo etnográfico, los llameros de Sud Lípez operan actualmente varios circuitos de tráfico independientes en su trazado y en los productos involucrados, pero que potencialmente podrían compartir las improntas de una identidad común: (1) Uyuni-Tarija (sal x maíz); (2) altiplano-Feria de Santa Catalina (lana x harina); (3) altiplano-Talina (lana/carne x ollas); (4) altiplano-centros mineros (carne x alcohol/coca), etc. Simultáneamente, la sal de Uyuni es distribuida tanto por llameros de Lípez como de Pampa Aullagas, en tanto que la cerámica de las comunidades olleras de la quebrada de Talina tienen una amplia distribución que abarca no sólo el altiplano de Lípez, sino gran parte del valle del Río San Juan, puna Argentina y hasta Buenos Aires, comprometiendo múltiples agentes y mecanismos de distribución.

A excepción del arte, la clase de evidencias que estamos tratando son a menudo sutiles y recién comienzan a ser registradas, por lo que cualquier conclusión a esta altura es necesariamente prematura. Con el sólo propósito de ilustrar este punto, sin embargo, cabe notar que algunas de las expresiones del ceremonialismo caravanero propuestas en la literatura parecen tener distribuciones geográficas discretas, como sucede con los geoglifos desde el Loa al sur del Perú (Núñez, 1976) o los muros y cajas

en el Alto Loa-Salado (Sinclair, 1994). Quizás los «sepulcros» y pavimentos descriptos anteriormente demuestran también en el futuro tener distribuciones acotadas. Es casi innecesario mencionar la importancia que revisten desde este punto de vista análisis distribucionales de técnicas, colores, motivos y estilos de aquellos diseños rupestres presuntamente vinculados al tráfico (p.ej., modos de representar al camélido, detalles de indumentaria, motivos abstractos) que podrían haberse desempeñado como formas de apropiación de rutas, marcadores de identidad o simples expresiones de la cosmovisión de los llamereros.

La identificación de homologías entre estas manifestaciones y otros contextos, que podrían aportar elementos para determinar la identidad y procedencia de los agentes del tráfico o para interpretar el significado de algunas de estas prácticas, es un problema más complejo aún, ya que éstas pueden asumir gran variedad de formas. Algunas de ellas son bastante directas, como las que relacionan la representación de ciertas piezas de indumentaria en el arte y el hallazgo de dichas piezas en contextos funerarios (Berenguer, 1993). Algunas expresiones rupestres pueden aparecer también asociadas en forma más o menos directa a sitios de habitación, como sucede con las hileras de auquénidos grabadas en los paredones de las casas-tumba de Doncellas (Alfaro, 1978), o con motivos de hileras de auquénidos, aves estilizadas y geométricos pintados sobre las fachadas de viviendas que hemos tenido oportunidad de observar en el asentamiento tardío de Tarapacá, en Nor Lipez (Nielsen, 1998). Menos directa resulta la relación que sugieren ciertos motivos o elementos del arte rupestre o geoglifos vinculados a las caravanas, que se encuentran repetidos en otros soportes, como sucede con algunos diseños de la cerámica Yavi-Chicha (Krapovickas y Aleksandrowicz, 1987: 116) o de las calabazas pirograbadas de la Puna argentina (Hernández Llosas, 1985). Más ambiguos aún resultan los vínculos establecidos en base a semejanzas de orientación, como las que vinculan los sitios de muros y cajas, paneles de arte y chullpas asociadas a poblados en el Alto Loa-Salado (Berenguer, 1995:192; Sinclair 1994:56), o a la repetición de ciertos rasgos en diferentes contextos, como sucede con las «cajas» registradas en espacios domésticos en Likán (Sinclair, 1994:55). No queremos decir con esto que tales relaciones sean menos significativas, de hecho, son homologías como éstas las que hemos observado etnográficamente entre lugares de habitación y sitios rituales «en ruta», y

hasta podría argumentarse que la ambigüedad es precisamente un aspecto esencial de este tipo de prácticas y relaciones (Hodder, 1991; Tilley, 1993). Plantean sin embargo la necesidad de discutir criterios para evaluar la validez de estas interpretaciones.

Conclusión

A lo largo de este artículo hemos argumentado sobre la importancia de investigar directamente los vestigios generados por las caravanas en ruta para comprender aspectos relacionados a la organización del tráfico prehistórico, a la inserción social de sus artífices y el impacto de este fenómeno en otros procesos de cambio. Creemos que una mayor definición de este tipo de variables es importante para poder contrastar empíricamente modelos alternativos sobre la economía política prehispánica en los Andes Centro-Sur y para aprovechar todo el potencial interpretativo que dichos modelos encierran. Para ello hemos buscado definir, a partir de la observación etnoarqueológica, algunos correlatos materiales de los paraderos de caravanas, que permitirían identificar arqueológicamente sitios análogos y diseñar estrategias de recolección de datos específicamente destinadas a detectarlos. En base a datos etnográficos definimos además una clase de sitio, la *jarana* o *paskana* de ocupación prolongada, donde se concentra el ceremonialismo llamero, proponiendo a modo de hipótesis que sitios como éstos podrían haber formado parte de la logística de las caravanas prehispánicas en ciertas épocas. Explorando las causas de la variabilidad observada en las *jaranas*, identificamos, además de variables situacionales, algunos factores (p.ej., intensidad y regularidad de uso, identidad y grupo de referencia de los arrieros, configuración de la red, relación con la población local, etc.) que permitirían establecer conexiones entre estos sitios y aspectos de la macro-organización del tráfico.

En la segunda parte hemos tratado de ilustrar estos puntos mediante la consideración de datos arqueológicos del ámbito circumpuneño, planteando algunos problemas que se enfrentan al tratar de aplicarlos a casos concretos. Creemos, sin embargo, que la mayor parte de los rastros de las antiguas caravanas han sido hasta ahora pasados por alto, por lo que no pretendemos haber hecho justicia al potencial que encierra este registro, mucho menos haber arribado a interpretaciones definitivas de los vestigios considerados. Esperamos en cambio, que esta discusión promueva otros trabajos de campo, contri-

buya a valorizar hallazgos pequeños, habitualmente ignorados, y genere nuevas preguntas.

Agradecimientos

Estoy en deuda, ante todo, con los llameros de Cerrillos por su amistad y paciencia. La investiga-

ción etnoarqueológica fue financiada por Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, National Science Foundation (USA) y la University of Arizona (Tucson). También agradezco a Andrea Fuchs por la confección de la Figura 4.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFARO, L. 1978. Arte Rupestre en la Cuenca del Río Doncellas (Provincia de Jujuy, República Argentina). **Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología** XII:123-146.
- ALDENDERFER, M. S. y C. STANISH. 1993. Domestic Architecture, Household Archaeology, and the Past in the South-Central Andes. En **Domestic Architecture, Ethnicity, and Complementarity in the South-Central Andes**, editado por M. S. Aldenderfer. pp. 1-12. University of Iowa Press, Iowa City.
- ARELLANO, J. y E. BERBERIÁN. 1981. Mallku: El Señorío Post-Tiwanaku del Altiplano Sur de Bolivia (Provincias Nor y Sur Lípez-Dpto. de Potosí). **Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines** 10(1-2):51-84.
- ASCHERO, C. A. 1979. Aportes al Estudio del Arte Rupestre de Inca Cueva-1. **Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino**, pp. 392-407. Universidad del Salvador, Buenos Aires.
- BERENGUER, J. 1993. Gorros, Identidad e Interacción en el Desierto Chileno Antes y Después del Colapso de Tiwanaku. En **Gorros, Identidad y Prestigio en los Andes: Gorros, Turbantes y Diademas**, pp. 41-64. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
1994. Asentamientos, Caravaneros y Tráfico de Larga Distancia en el Norte de Chile: El Caso de Santa Bárbara. En **De Costa a Selva**, editado por M. E. Albeck, pp. 17-50. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Tilcara.
1995. Impacto del Caravaneo Prehispánico Tardío en Santa Bárbara, Alto Loa. **Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena**, Tomo I:185-202. Antofagasta.
- BERENGUER, J.; A. DEZA; A. ROMÁN y A. LLAGOSTERA. 1986. La Secuencia de Myriam Tarragó para San Pedro de Atacama: Un Test por Termoluminiscencia. **Revista Chilena de Antropología** 5:17-54. Santiago.
- BOURDIEU, P. 1977. **Outline of a Theory of Practice**. Cambridge University Press, Cambridge.
- BROOKS, A. S. y J. E. YELLEN. 1987. The Preservation of Activity Areas in the Archaeological Record: Ethnoarchaeological and Archaeological Work in Northwest Ngamiland, Botswana. En **Method and Theory for Activity Area Research**, editado por S. Kent, pp. 63-106. Columbia University Press, New York.
- BROWMAN, D. L. 1981. New Light on Andean Tiwanaku. **American Scientist** 69:408-419.

- 1984 Prehispanic Aymara Expansion, the Southern Altiplano and San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 7:236-252.
- 1996 Titicaca Basin Archaeolinguistics: Uru, Pukina and Aymara AD 750-1450. *World Archaeology* 26:235-251.
- CASTRO, V.; C. ALDUNATE S. y J. BERENGUER R.
1984 Orígenes Altiplánicos de la Fase Toconce. *Estudios Atacameños* 7:209-235.
- CONCHA CONTRERAS, J. de D. Relación entre Pastores y Agricultores. *Allpanchis* 8:67-101.
- DEWAR, R. E. y K. A. MCBRIDE. Remnant Settlement Patterns. En *Space, Time, and Archaeological Landscapes*, editado por J. Rossignol y L. Wandsnider, pp. 227-255. Plenum, New York.
- DILLEHAY, T. D. y L. NUÑEZ. Camelids, Caravans, and Complex Societies in the South-Central Andes. En *Recent Studies in Pre-Columbian Archaeology*, editado por N. J. Saunders y O. de Montmollin, pp. 603-633. BAR International Series 421. Oxford.
- HERNÁNDEZ, J. Arqueología de la Cueva de El Portillo. Departamento Humahuaca. Provincia de Jujuy. *Avances en Arqueología* 3:41-69. Tilcara.
- HERNÁNDEZ DISTEL, A. A. *Petroglifos de Cerro Negro en la Quebrada de Humahuaca*. Publicación de la Dirección Provincial de Cultura. S. S. de Jujuy.
- 1983a Mapa Arqueológico de Humahuaca. *Scripta Ethnologica*, Suplementa 4. CAEA, Buenos Aires.
- 1983b Continuación de las Investigaciones Arqueológicas en la Quebrada de La Cueva: Chayamayoc (Peña de Jujuy). República Argentina. *Scripta Ethnologica*, Suplementa 2:43-52. CAEA, Buenos Aires.
- 1984 Arqueología del Oriente del Departamento de Humahuaca: Alero Rocoso y Fortaleza de Cianzo (Provincia de Jujuy, Argentina). *Ampurias* 45-46:30-41. Barcelona.
- GARCÍA, L. C. Ocupaciones Discretas Tardías en la Puna Jujeña. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo I:237-2243. Antofagasta.
- GASPARINI, G. y L. MARGOLIES. *Arquitectura Inka*. 1976 Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, Caracas.
- HERNÁNDEZ LIOSAS, M. I. Las Calabazas Prehispánicas de la Puna Centro-Oriental (Jujuy, Argentina): Análisis de sus Representaciones. *Anales de Arqueología y Etnología* 38-40:77-159. Mendoza.
- 1991 Modelo Procesual Acerca del Sistema Cultural Humahuaca Tardío y Sus Modificaciones ante el Impacto Invasor Europeo: Implicaciones sobre las Representaciones Rupestres. En *El Arte Rupestre en la Arqueología Contemporánea*, editado por M. M. Podestá: M. I. Hernández Liosas y S. F. Renard de Coquet, pp. 53-65. Buenos Aires. *Western Islamic Architecture*. Brazillier, New York.
- HODDER, I. Interpretive Archaeology and Its Role. *American Antiquity* 56:7-18.
- HYSLOP, J. *The Inka Road System*. Academic Press, New York.
- KHAZANOV, A. M. *Nomads and the Outside World*. Cambridge University Press, Cambridge.
- KORSTANJE, M. A. El Médano, ¿es un Sitio Caravanero? 1998 Apuntes sobre Contextos de Tráfico y Territorialidad para el Formativo. En *Las Sociedades Locales y Sus Territorios*, compilado por M. B. Cremonte. Universidad Nacional de Jujuy. S. S. de Jujuy. En prensa.
- KRAPOVICKAS, P. Las Poblaciones Históricas del Sector 1983 Oriental de la Puna. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XV:7-24.
- KRAPOVICKAS, P. y S. ALEKSANDROWICZ. Breve 1987 Visión de la Cultura de Yavi. *Anales de Arqueología y Etnología* 41/42:83-127. Mendoza.
- LECOQ, P. Una Ruta 'de la Sal' en el Sud Boliviano: Informe del Viaje de Trueque Anual de una Caravana de Llamas. *Revista del Museo Nacional de Etnografía y Folklore* 1-2:163-216. La Paz.
- LEONARD, R. y G. T. JONES (eds). *Quantifying Diversity in Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- LOZANO MACHUCA, J. [1581] Carta del Factor de Potosí... al Virrey del Perú, en Donde se Describe la Provincia de los Lipez. Potosí, 8 de Noviembre de 1581. *Estudios Atacameños* 11:30-34.

- MADRAZO, G. 1966. Investigación Arqueológica en El Durazno. *Etnia* 3:21-25. Olavarría.
- MAMANI, H. E. 1998. **Organización Espacial de las Sociedades Agropastoriles Prehispánicas en el Sector Occidental de la Cuenca de Pozuelos.** Tesis de Licenciatura. F.H. y C.S., Universidad Nacional de Jujuy. S. S. de Jujuy.
- MOLINA RIVERO, R. **El Jemero y la Sal.** Video editado por Cinemateca Boliviana, La Paz.
- MURRA, J. V. 1972. El Control Vertical de un Máximo de Pisos Ecológicos en la Economía de las Sociedades Andinas. **Visita a la Provincia de León de Huánuco.** pp. 429-476. Universidad Hermilio Valdizán, Huánuco.
- NICOLAISEN, J. e I. NICOLAISEN. **The Pastoral Tuareg: Ecology, Culture, and Society.** Thames and Hudson, New York.
- NIELSEN, A. E. 1989. **La Ocupación Indígena del Territorio Humahuaca Oriental Durante los Períodos de Desarrollos Regionales e Inka.** Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba.
1995. Prospecciones Arqueológicas en la Quebrada de Yacoraité (Jujuy, Argentina): Modelos de Uso del Espacio. **Paleoetnológica** 8:21-40.
- 1996a. Demografía y Cambio Social en Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) 700-1535 d.C. **Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología** XXI:307-385.
- 1996b. Competencia Territorial y Riqueza Pastoril en una Comunidad del Sur de los Andes Centrales. **Zoarqueología de Camélidos** 2:67-90. Grupo de **Zoarqueología de Camélidos**, Buenos Aires.
- 1997a. Tráfico de Caravanas en el Sur de Bolivia: Observaciones Etnográficas e Implicancias Arqueológicas. En **Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXII.** En prensa, Inkas en Lípez: Primera Aproximación. **Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina.** La Plata.
- 1997b. Tendencias Temporales en la Cultura Material de la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) ca. 700-1650 d.C. **Avances en Arqueología** 3:147-189. Fileara.
1998. Tendencias de Larga Duración en la Ocupación Humana del Altiplano de Lípez (Dpto. Potosí, Rep. de Bolivia). En **Las Sociedades Locales y Sus Territorios.** compilado por M.B. Cremona. Universidad Nacional de Jujuy. San Salvador de Jujuy. En prensa.
- s/f
- NIELSEN, A. E. y H. E. MAMANI. Sitios Rituales de Caravanas: Observaciones Etnoarqueológicas y Un Caso de Estudio. Trabajo presentado al XII Congreso de Arqueología Argentina, La Plata.
- NIELSEN, A. E.; M. M. VÁZQUEZ y V. SELDES. Kollpayoc: Contribución al Conocimiento del Arte Rupestre en Humahuaca. MS 1998.
- NÚÑEZ, L. 1976. Geoglifos y Tráfico de Caravanas en el Desierto Chileno. **Homenaje al Dr. R.P. Gustavo Le Paige S.J.** pp. 147-201. Universidad del Norte, Antofagasta.
1985. Petroglifos y Tráfico en el Desierto Chileno. **Estudios en Arte Rupestre.** pp. 243-263. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
1987. El Tráfico de Metales en el Area Centro-Sur Andina: Factos y Expectativas. **Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología** 12:73-107. Buenos Aires.
1991. **Cultura y Conflicto en los Oasis de San Pedro de Atacama.** Editorial Universitaria, Santiago.
- NÚÑEZ, L. y T. S. DILLIHAY. [1979] **Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica.** Universidad Católica del Norte, Antofagasta. Segunda Edición.
- OLIVERA, D. y J. R. PALMA. Sistemas Adaptativos Prehispánicos Durante los Períodos Agroalfareros de la Quebrada de Humahuaca. Jujuy, R.A. **Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología** 11:75-97. Buenos Aires.
- ORME, B. 1981. **Anthropology for Archaeologists: An Introduction.** Duckworth, Londres.
- PETERSÉN, G. 1970. Minería y Metalurgia en el Antiguo Perú. **Arqueológicas** 12. Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima.
- RAFFINO, R. A.; R. J. ALVIS; D.E. OLIVERA y J.R. PALMA. La Instalación Inka en la Sección Andina Meridional de Bolivia y Extremo Boreal de Argentina. En **El Imperio Inka: Actualización y Perspectivas por Registros Arqueológicos y Etnohistóricos.** pp. 63-131. Ed. Comechingonia, Córdoba.

- SCHORTMAN, E. y P. URBAN, Modeling Interregional Interaction in Prehistory. En **Advances in Archaeological Method and Theory**, editado por M. B. Schiffer, vol. 11, pp.37-95. Academic Press, New York.
- SIMMS, E. 1978 Markets and Caravanserais. En **Architecture of the Islamic World**, editado por G. Michell, pp. 80-111. William Morrow and Co., New York.
- SINCLAIRE, C. 1994 Los Sitios de "Muros y Cajas" del Río Loa y su Relación con el Tráfico de Caravanas. En **De Costa a Selva**, editado por M. E. Albeck, pp. 51-76. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Tilcara.
- TARRAGÓ, M. N. 1977 Relaciones Prehispánicas entre San Pedro de Atacama (Norte de Chile) y Regiones Aledañas: La Quebrada de Humahuaca. **Estudios Atacameños** 5:50-63.
- 1988 **Contribución al Conocimiento Arqueológico de las Poblaciones de los Oasis de San Pedro de Atacama en Relación con los Otros Pueblos Puncños, en Especial, el Sector Septentrional del Valle Calchaquí**. Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- TILLEY, C. 1993 Interpretation and a Poetics of the Past. En **Interpretative Archaeology**, editado por C. Tilley, pp. 1-27. Berg Publishers, Oxford.
- TOMKA, S. A. 1994 Site Abandonment Behavior among Transhumant Agropastoralists: The Effects of Delayed Curation on Assemblage Composition. En **Abandonment of Settlements and Regions**, editado por C. M. Cameron y S. A. Tomka, pp. 11-24. Cambridge University Press, Cambridge.
- VON HAGEN, V. 1967 **The Roads that Led to Rome**. The World Publishing Company, New York.
- WEST, T. 1981 Llama Caravans of the Andes. **Natural History** 90(12):62-73.
- YACOBACCIO, H. D. 1979 Arte Rupestre y Tráfico de Caravanas en la Puna de Jujuy. **Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino**, pp. 392-407. Universidad del Salvador, Buenos Aires.
- YACOBACCIO, H. D.; C. M. Madero y M. P. Malmierca 1998 **Etnoarqueología de Pastores Surandinos**. Grupo Zooarqueología de Camélidos, Buenos Aires.
- ZABURLÍN, M. A. 1998 **Movilidad Pastoril y Aprovechamiento de Recursos Naturales en el Casabindo Prehispánico**. Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de Jujuy, S. S. de Jujuy. M.S.